

ISSN 2618-5172

Revista

# Rocamadour

Historias originales

Año 2 | Número 17 | Julio 2020

\$80

## Cuento del mes

"Epitafio para el borracho del pueblo", por Ed Wood

## Artículo del mes

Late Night, con Peter Lorre

## Autores invitados

Federico Di Pila

Alfredo Medina

Micaela Fernández



Ediciones Rocamadour

# CARPINTERÍA

022  
2761  
1076  
RUBEN



11  
2350  
9958  
ALEJANDRO  
(WHATSAPP)

VELEZSARFIELD 14  
(ENTRE SARMIENTO  
Y RIVADAVIA) - Marcos Paz

*Reparación • Decoración • Restauración*

## EL VASCO

### EDICIONES ROCAMADOUR

Dr. Marcos Paz 2578 - Marcos Paz, Pcia  
de Buenos Aires, Año 2020

ISSN 2618-5172

[www.edicionesrocamadour.com.ar](http://www.edicionesrocamadour.com.ar)

### EDITOR

Alejandro Torres

### DISEÑO Y EDICIÓN

Alejandro Torres

### CORRECCIÓN DE LOS TEXTOS

Alejandro Torres

### REVISIÓN DE LOS TEXTOS

Hugo Canal Bialy

### SUSCRIPCIONES

[alejandrotorres\\_lp@hotmail.com](mailto:alejandrotorres_lp@hotmail.com)

Suscripción .....\$60

Número simple .....\$80

### FOTO DE PORTADA

Shane Leonard (Titan BooksHard  
Case Crime).

### ILUSTRACIONES DE LOS TEXTOS

Alejandra Llanos

Federico Di Pila

Esta revista se terminó de imprimir en julio de 2020, en taller propio - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires. Impresión de las tapas a cargo de Entre Tintas - San Martín 77, Marcos Paz., Pcia de Buenos Aires.

Las opiniones vertidas por los autores de los distintos textos no reflejan necesariamente las de la revista.



Ediciones Rocamadour



## **ED WOOD**

**22** Epitafio para el borracho del pueblo

**26** Late Night, con Peter Lorre: Ed Wood

**37** **LOS DOS SOMOS UNO**  
por Alfredo Medina

**37** **PIERNAS**  
por Micaela Fernández

**39** **EL PILOTO DEL MAÑANA**  
por M. M. Álvarez

## **CONTENIDO**

**05** **DIVAS EN LA SOMBRA**  
por Alejandra Llanos

**07** **ALGUNAS PERSONAS NACEN HECHAS PARA AGITAR LA BANDERA PT 1**  
por Alejandro Torres

**13** **EXTRAÑAS DISTANCIAS PT 1**  
por Fede Di Pila

**20** **ARCHIVO**  
por Jorge Luis Borges

**33** **MAGNETIZADO, DE BUSQUED**  
por Alejandro Torres

**35** **CON LA SOGA AL CUELLO**  
por Hugo Canal Bialy

### LECTURAS VISUALES

**41** **CUATRO FICCIONES ARGENTINAS IMPERDIBLES**  
por Pablo Ortiz

Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se responsabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

# EDITORIAL / ALEJANDRO TORRES

*“Me encuentro bien entre marginados porque soy uno de ellos”.* **Charles Bukowski**

Se anunció el Concurso de Letras 2020 que organiza y premia el Fondo Nacional de las Artes y fue polémica la crítica en las redes por la decisión de las cabezas de limitarlo solo a los géneros de terror, ciencia ficción y fantástico en cuento, novela, ensayo, poesía y la inclusión, por primera vez, de la categoría de novela gráfica. Y es que la directora de la sección Letras del FNA, Mariana Enríquez, ha sido gran artífice en esta elección debido a que es una de las representantes de estos géneros en nuestro país y sabe de lo que habla. “Yo escribo porque leí a Stephen King”, dijo alguna vez. Y muchos queremos seguir por ese oscuro sendero.

Esta decisión no se ha tomado entre el público como la inclusión de estos tres géneros sino como la exclusión del resto. En lo que a mí respecta, al enterarme de la decisión, si es que a alguien le interesa mi humilde opinión, me he levantado de la silla y he aplaudido la decisión de pie ya que esto demuestra la firmeza y las ganas de generar cambios, pese a la presión del público concursante, de la representante del FNA. Y es que también son géneros que no son tomados en serio, menospreciados por ser considerados menores y poco legítimos, pero que en su momento escritores como Ray Bradbury, Philip K. Dick, H. P. Lovecraft, Edgar Allan Poe, hasta el actual Stephen King (que se anima a tocar los tres géneros a la vez) han sabido poner y sostener la vara tan alta como inalcanzable, y eso debería bastar. Bien, bien. Yo tengo una crítica: ¿Por qué han dejado de lado el género policial? Bueno, habrá que adecuarse o esperar. Siempre estará la Semana Negra de Gijón. ¿Pero cómo que Mariana Enríquez también ganó el premio Celsius de este certamen? Qué disgusto, Mariana, dejá de robar.

A todo esto, y volviendo al tema, también tendrán (tendremos) otras opciones quizás menos prestigiosas y otras devaluadas como el Concurso APAIB, o el Concurso Novela Clarín, o los premios municipales y hasta provinciales (de estos dos hay decenas en todo el año. Para más info vayan a [Escritores.org](http://Escritores.org)). Todos son válidos pese a los premios menores, todos son una prueba de qué podemos dar. Y en todo caso hay que destacar (yo lo hago) estos concursos porque son donde uno se inicia y eso no es poca cosa, no señores.

En un comunicado oficial, la directora del FNA redactó: “Circunstancias extrañas y excepcionales nos decidieron a organizar un concurso que fomente un género tradicionalmente relegado, pero que sin embargo pertenece a la literatura canónica de la Argentina con representantes como Adolfo Bioy Casares, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Silvina Ocampo, Alberto Laiseca y también autores contemporáneos como Samanta Schweblin, Ricardo Romero, Liliana Bodoc, Marcelo Cohen y Martín Felipe Castagnet, entre otros”. Pero los detractores de la cultura, ese colectivo de criticólogos que buscan relegar a los relegados, no dejaron pasar esto y salieron al choque (hasta ironizan con colocar aliens en la portada de sus libros para poder concursar) ya que los premios van desde 150.000, 120.000 y 70.000 pesos, entre otros. Y todos sabemos que cuando hay dinero en el medio el ego de los escritores choca contra la plasticidad de la sangre joven de buscar reivindicar o destacar elementos relegados. Yo me pregunto, entonces: ¿Quiénes somos para desprestigiar semejante decisión? Si después de todo buscamos destacar en estos concursos para llegar a lograr lo que Mariana Enríquez logró y tomar las decisiones que toma. Si tienen dudas o quieren participar pueden chequearlo en la web oficial del FNA: [www.fnartes.gob.ar](http://www.fnartes.gob.ar) del 30 de julio al 3 de septiembre. No se duerman en las penumbras.

Ahora bien. ¿Por qué me ensaño en destacar y apoyar esta decisión? ¿Porque abro, de vez en cuando, las puertas de estos géneros? No. Ya sé: porque tengo amigos que lo hacen. No. ¿Entonces? Porque lo esencial es invisible a los ojos, diría un zorro cuya voz fue traducida a más de 100 idiomas. ¿Estaríamos acá si no creyéramos en artistas relegados, marginados, olvidados y criticados hasta morir? La respuesta es sencilla, basta con ir a las revistas #02, #05, #10, #12, #14 y la presente número 17. Quiero destacar esto de los que hacemos Rocamadour, y es el de que estas selecciones nos dejan un abanico de nuevos saberes que hasta nos abruman de tanto por leer desde esa elección en adelante. Para nuestra sorpresa, en este número, Alejandra Llanos nos ha traído un autor que desconocíamos hasta los huesos. Y es que estas gratas sorpresas nos dejan con la boca abierta, ya que no solo ahondamos en un director de cine de poca monta para el canon hollywoodense (convertido hoy en uno de culto), sino que descubrimos un escritor fascinante, un artista nato y un ejemplo de valoración personal y de lo que uno hace.



# DIVAS EN LA SOMBRA

Por ALEJANDRA LLANOS

Ilustración | ALEJANDRA LLANOS

**E**ra simplemente otra noche helada. Ambas se pasaban de mano en mano una petaca de whiskey para entrar en calor. Sus escasas ropas solo empeoraban la gélida noche, era como estar desnudas, no obstante: ¿Cómo vender la mercadería si no la mostraban? Una llevaba un vestido negro con encaje que dejaba a la vista un corpiño rojo con zapatos de taco aguja haciendo juego, y la otra llevaba una minifalda rosa, una camisa de seda y botas de taco alto. La primera medía casi dos metros de estatura con una larga cabellera rubia que llovía en su espalda. Se hacía llamar Pamela. La segunda un metro setenta y usaba una peluca de rulos negra hasta los hombros. Ella era Elektra.

Todo el dinero que podían hacer en una noche casi compensaba las horas de frío. Eran los gajes del oficio, y ellas, las más cotizadas del pueblo. En realidad tendríamos que aclarar que tampoco tenían mucha competencia en su rubro.

Las reinas de la noche, sirenas, ninfas que atraían a los viajeros solitarios en mitad de la noche, abrazadas por el misterio de una esquina poco iluminada que las convertía en dos bellezas exóticas de largas piernas. Eso siempre los atraía en busca de unas horas de lujuria permitida; sabían que el trato estaba hecho cuando un auto

les hacía señal y ellas se acercaban lentamente a negociar. Pero claro que la cercanía rompía su encanto y entonces, para el cautivo, era ya demasiado tarde y no podía echarse atrás.

—Va lenta la cosa esta noche —comenta Pamela cruzando los brazos sobre sus enormes pechos.

—Alguien tiene que venir —contesta su compañera dando un gran sorbo a la petaca.

—Estamos muy apagadas con estos colores, vamos más cerca del poste de luz.

—Ahí sí no se van a querer acercar —dice Elektra con roncas carcajadas.

—Habla por vos, ordinaria —contesta la rubia sacudiendo su cabellera.

—Bueno, andá a la luz a ver si para algún auto.

Ambas consideraban la penumbra como su mejor aliada a la hora de vender una fantasía. Y eso eran ellas: la fantasía de ser dos mujeres hermosas, dispuestas a todo.

Los hombres solían creerla, y pagaban bien por creerla, además, de noche todos los gatos son pardos.

—¡Ahí está el auto del pastor! —dijo Pamela emocionada.

Él pasaba una vez cada tanto, no cruzaba por la parte iluminada, sino que daba toda la vuelta y hacía señas con las luces para llamar a Pamela.

—Viste que iba a levantar la cosa. Yo quiero que venga el remisero, siempre me regala cosas —dijo Elektra pícaro.

—Seguro que pasa, viene noche por medio, ese está enamorado.

—Es mi esperanza: que se quiera casar y me lleve lejos.

—Qué ridícula —se burló su amiga.

—¿Vos no soñás con que un cliente se enamore de vos y te lleve a vivir con él? —preguntó decepcionada—. Esta no es vida, yo quiero vivir tranquila y dormir de noche.

—¿No estás vieja para esas boludeces?

—No es malo soñar. ¿Te acordás cuando había venido ese que fue intendente?

—¿Intendente de dónde?

—No me acuerdo, pero nos llevó a su casa y nos trató como reinas.

—Sí, hasta que se hizo de día y nos vio bien, casi se muere el viejo, nos pagó un montón para que no hablemos —dijo la alta blonda—. Ese viejo boludo se habrá olvidado de tomar alguna pastilla y nos levantó creyéndose un campeón.

Un coche en la oscuridad tocó bocina.

—Ahí está el pastor, vuelvo en cinco minutos.

—Qué manera fácil de ganar plata —se burló su

amiga.

Una vez sola, Elektra se tomó lo que quedaba de la petaca y la arrojó vacía hacia un árbol. Luego sacó de su pequeña cartera un espejo y un lápiz labial. Sabía que eso atraía mucho a los pasantes, la hacía ver más femenina, así que empezó a pintarse los labios como si nadie la estuviera observando.

Un fuerte bocinazo la hizo sonreír. Misión cumplida, pensó, y se giró con una radiante sonrisa roja, la cual se desvaneció al reconocer el vehículo.

En ese momento se sintió exasperada, cruzó los brazos y esperó a que el auto se acercara. Cuando bajó la ventanilla vio un par de adolescentes con piercings y tatuajes que la miraban desde el interior.

—¿Pá, nos das plata para ir a bailar?

—¿Qué dijo su madre?

—Dijo que te pidamos a vos —contestó de mala gana un muchacho de unos quince años.

Elektra extrajo de su cartera unos billetes y se los tendió.

—Cómprame otro whiskey con esa plata y con el resto vayan al boliche.

## Cumplehomenaje / Julio

Todos los días hay un escritor que celebrar. Y si bien JULIO ha sido el mes de nacimientos tan prolíficos como el de Juan Carlos Onetti, Franz Kafka, Robert Heinlein, Ernest Hemingway, Raymond Chandler, Germán Oesterheld, Aldous Huxley, Emily Brontë entre muchos otros, queremos traerte esta poesía del escritor alemán Hermann Hesse nacido el 2 de julio de 1877, llamada HACIA LA META:

Siempre he andado sin meta,  
nunca deseé concederme descanso,  
y mis caminos eternos me parecieron.  
Comprendí al final que caminaba  
en círculo,

y me sentí cansado del viaje:  
toda mi vida cambió aquel instante.

Errante voy hacia la meta,  
pues bien sé que en cualquier camino  
la Muerte me tiende su mano.

Por ALEJANDRO TORRES



# ALGUNAS PERSONAS NACEN HECHAS PARA AGITAR LA BANDERA

*“Los americanos somos gente de “hazlo tú mismo”, somos gente impaciente. En vez de enseñar a alguien a hacer un trabajo, nos gusta hacerlo por nosotros mismos. Este tratamiento ha sido llevado a cabo en nuestra política exterior”*

**Richard Nixon, discurso de 3 de noviembre de 1969 (Vietnamization)**

*“Los monstruos son reales, y los fantasmas también: viven dentro de nosotros y, a veces, ellos ganan”*  
**Stephen King**

# Primera parte: ¿Qué pasó con el mundo que conocíamos?

## I

Su semblante permanecía quieto, con la mirada posada en un punto fijo. Contemplaba, fuera de sí, fuera de su cabeza, aquel viejo radio. De fondo, en aquel viejo radio, sonaba una canción de Jackie Wilson: no recuerdo cual. Probablemente todavía seguía pensando en los acontecimientos que habían transcurrido entre las diez y las doce de la noche aquel viernes 27 de septiembre de 1968. O al menos eso creí al verlo sentado en una vieja silla de color verde musgo con los bordes redondeados por el desgaste del tiempo. Permanecía allí sin estar allí. Digo, lo que tenía en la sesera parecía no estar en ese cuarto de cuatro paredes que albergaba solamente una televisión apuntando su tubo a una rechinante y molesta cama. Una cama con sábanas blancas; tan blancas que el color rojo resaltaba perfectamente. Su mano derecha sostenía un cuchillo, manchado hasta el puño de sangre ajena. Su cara, salpicada también, y sus ojos bien abiertos denotaban el estado de shock en el que se encontraba. Probablemente permaneció así por más de quince minutos -el tiempo que yo hacía que estaba desde que cruce la puerta del anodino hotel. Supuse, por el color de la sangre, que no hacía más de una hora que había ocurrido el episodio.

Cuando sobrepasé ese rectángulo de madera delgada solo pude llevarme las manos a la boca y evitar el vómito que prorrumpió desde mi estómago hasta la punta de mis dientes. Aquello no fue fácil de digerir, la sensación fue totalmente visceral hasta que volví en mí. En el piso, el cuerpo yacía boca abajo con los ojos blancos apuntando hacia mí, hacia la puerta, junto a un maletín negro. Parecía ser un hombre de unos cuarenta y tantos, bien peinado y con unos zapatos brillantes. Estaba vestido con un saco azul marino en una posición de carrera, aquella que dibujada con tiza podría delinear la silueta del occiso como en las películas policiales. Se podían ver las marcas de la penetración del cuchillo hacia los lados del centro de su

espalda. Probablemente eran unas ocho o nueve marcas de similar longitud -del tamaño más ancho del cuchillo, llegando a la empuñadura-. Aquello permitía pensar que el episodio había sido muy violento. Jackie Wilson había dejado de sonar y ahora Frank Sinatra cantaba *Somethin' stupid* -esa canción sí logré recordarla porque aquella misma noche había estado en el concierto que dio en el Blue Stars de Nueva York. La recordaba a flor de piel, ya que mientras sonaba no pude evitar dejarme llevar por su lírica y cantarle a Darcy, la chica con la que hacía ya unos meses manteníamos una relación discreta. Mi cara debió haberle sido muy graciosa cuando la miré y le canté: *And then I go and spoil it all by saying something stupid like I love you*; ya que quebró en carcajadas y no dijo nada. Me sentí un verdadero estúpido, señor Sinatra. Recordar aquella procacidad casi me genera una sonrisa, pero no era el momento.

Procuré no tocar nada más que los hombros de Arthur, sólo la ropa. No era algo que había calculado realmente, todo pasaba muy rápido. Intenté hacerlo reaccionar sacudiéndolo, pero no hubo respuesta, parecía más alejado de lo que yo creía. Me quité una de las medias y la utilicé de guante para arrancarle el cuchillo de la mano y no dejar huellas. Arthur sostenía el utensilio -que había transformado en arma- con fuerza probablemente a causa del crispamiento. Cuando una persona experimenta una situación de conmoción, los nervios tienden a contraerse con los músculos, provocando que se ejerza tanta fuerza sobre sí llegando a lastimarse solo por eso. Logré quitárselo y lo eché al piso; intenté levantarlo por la espalda colocando mis brazos entre sus axilas, pero ofrecía resistencia. Todo me resultaba muy irreal. No entendía cómo era posible que hacía menos de treinta minutos había dejado a Darcy en la puerta del Hotel Pennsylvania y ahora estaba tratando de encubrir un asesinato. En el momento en que logré hacerlo poner de pie, Arthur sacudió la cabeza y opuso resistencia nuevamente -fue como si alguien lo hubiese despertado del más profundo sueño que jamás haya tenido-. No entendía dónde estaba, qué había pasado, hasta que bajó la cabeza y vio el cadáver, cubierto de sangre junto a un maletín -un Featherlite-. En ese momento quiso emitir un sonido de su boca, pero solo se oyó un movimiento convulsivo de sollozo y quebró en



llanto, un llanto tan desesperado como yo al intentar mirarlo a los ojos y taponarle la boca para que no hiciera demasiado ruido.

—Arthur, soy yo, Jason, ¡cálmate por Dios!  
—intenté hacerlo volver en sí.

—¿Qué... qué demonios está pasando? ¡¿Dónde estoy?! —Al fin había podido hablar, entre lágrimas y mocos. Su cara de desesperación me trajo recuerdos. Recordé aquel verano del 53 donde por error había recibido una paliza por parte de unos chicos y desperté en el hospital con mi madre sentada junto a mí con la misma cara. La cara de Arthur me había recordado su expresión de desvelo y esas grandes bolsas en los ojos que ella tenía.

—Estamos en el Hotel Dixon, en las afueras de Manhattan. Me telefoneaste y me pediste que venga cuanto antes, ¿recuerdas? Apenas dejé a Darcy en su hotel vine directo, pero no pensé encontrarme con todo esto ¿Qué ha ocurrido?

—No lo recuerdo, ¡Dios! —Se lo oía sincero. Todavía fuera de sí, sin entender dónde estaba ni qué ocurría—. Solo recuerdo que estaba con el maldito de Patrick Haydes haciendo unos intercambios y de repente este tipo —señaló el cadáver— entró a la fuerza por la puerta exhibiendo una pistola y gritando que nos tiremos al piso—. Era verdad. Junto al cadáver no había solo un maletín y un sombrero Trilby, también había un revolver Smith & Wesson modelo 60. Pero... ese revolver, ese pequeño artefacto con empuñadura marrón, cacha aún más oscura, y gran tambor era similar a...

—¡Arthur!, ¡esa pistola es la que usan los agentes del Gobierno! ¿En qué mierda estás metido? —exclamé con acento paranoico.

—No creo que ahora sea momento, Jason. Debemos irnos si es como dices. ¡Debemos irnos ya! —Se oía ahora más desesperado que cuando volvió de su profundo sueño.

Ambos estuvimos de acuerdo en eso, debíamos limpiar las huellas de Arthur y marcharnos sin mirar atrás, solo entonces así iba a poder sacarle *en qué mierda andaba* y evitar que nos atrapen, al menos por ahora.

Tomamos todo lo necesario de esa habitación, incluida el arma y el Featherlite -a decir verdad, fue él quien tomó esas dos cosas- y salimos por el largo corredor del hotel Dixon hasta bajar los tres pisos por escalera y nos adentramos en mi Ram-

bler American del 64, tratando de no llamar la atención, en dirección a la Interestatal 95.

## II

Sólo las luces delanteras del Rambler iluminaban la carretera. Ya habíamos dejado Nueva York atrás, y fue a la altura de Elizabeth que volví a preguntarle *en qué mierda andaba*.

—Patrick Haydes y yo hicimos un contacto en Boston, Robert Patton, que nos dijo que tenía una nueva droga, algo nunca visto, mejor que el LSD y la maldita hierba que fuman los hippys—. Arthur se veía mejor ahora, en el hotel había lavado su cara, su joven cara. Tenía unos treinta años, igual que yo. Su rostro denotaba juventud, no llevaba rastros de vellos en ella, siempre andaba bien afeitado y peinado con gomina, con el pelo hacia atrás—. Nos dijo que los efectos eran prolongados, que su fabricación no costaba mucho dinero y que nos haríamos ricos, malditamente ri...

—¿Y qué droga es esa? —lo interrumpí.

—Es una combinación de LSD, psilocibina y mezcalina, ya sabes con lo que fabrican el maldito éxtasis.

—Deja de maldecir, ¿quieres? —volví a interrumpirlo. Todo seguía tan confuso que me daban ganas de estallar de rabia, y aquellas expresiones me sacaban de mis casillas.

—Está bien, lo siento. Se llama LPM. Y es una mina de oro, Jason. —prosiguió—. Pero ambos apenas conocíamos al tal Patton y no sabíamos de donde había sacado aquella droga. Hicimos contacto con él en la Universidad de Boston cuando le vendíamos LSD en el campus a los mal... —se interrumpió solo al darse cuenta de que otra vez estaba por maldecir— ...a un grupo de estudiantes. Robert quiso comprarnos un poco pero su apariencia nos pareció sospechosa y nos negamos...

—Ve al maldito punto, Arthur—. Mi paciencia empezaba a sobrepasarme y Arthur estaba ya demasiado tranquilo -eso me desesperaba más: volvió a ser el que yo conocía-. Aquella persona en estado de conmoción observando un punto fijo en el hotel Dixon había desaparecido.

—Está bien relájate, Jason—. Esas palabras me sobrepasaron aún más y no pude evitar pisar el

freno del Rambler y quedarnos en medio de la Interestatal parados solo con las luces traseras y delanteras encendidas. Al rededor solo había árboles, muchos árboles, y se escuchaban sonidos provenientes de entre los mismos; ardillas quizás, o algún maldito ciervo. Ya estaba furioso.

—No puedo *relajarme*, Arthur, no puedo. ¿Sabes por qué?, porque estoy envuelto en un maldito asesinato y no haces más que maldecir y no me dices qué mierda está pasando. Debería estar en mi cuarto de hotel pensando en donde llevar a Darcy mañana a almorzar, no aquí conduciendo quién sabe hacia dónde con un posible asesino y vendedor de porquerías. No puedo estar tranquilo—. Aquello fue maravilloso, me sentí aliviado, aunque seguía furioso. Mis manos temblaban y mi corazón latía a mil revoluciones por minuto, podía sentir cómo éste quería salir de mi pecho y tomarlo por el cuello.

—Tienes razón —dijo sorprendido. Su semblante ahora se había transformado en sorpresa y preocupación, quizá entendía que no todo era chiste, como él solía tomarse los asuntos—. El maldito de Robert Patton era un agente de la CIA y...

—¿Cómo que *era*? ¿Qué quieres decir? —me exalté.

—Sí, aquel cuerpo en el hotel era el de Robert Patton. Nos dio un maletín con cuatro mil dosis de

LPM hace un mes y nunca volvimos a contactarlo. Creo que fue el ver tanto dinero, Jason, lo siento. Jamás habíamos hecho tanto dinero en tan poco tiempo. Imagínate vender cada dosis a solo cincuenta centavos, eran dos mil malditos dólares, y las vendimos en tres días.

—¡Oh, mierda! —solté. Aquel mórbido cuerpo que yacía en el piso era el de un agente de la CIA. Un maldito agente de la CIA. Ahora era yo quien me encontraba maldiciendo, pero creo que a este punto ya no importaba. De hecho, tampoco me importó que Arthur lo siguiera haciendo. —¡Maldición, Arthur, maldición!

—Lo siento, Jason, no lo sabíamos, de verdad no pensábamos que...

—Pero sí sabían que estaban robándole a un desconocido, cretino hijo de puta—. Ya no podía controlar mi ira, estaba a punto de tomarlo por el cuello y apretarlo con tal fuerza que sus ojos salieran despedidos por las comisuras de su cara.

—¡Está bien, maldita sea! Le robamos y no sabíamos en donde nos metíamos, pero ya está. Está hecho y no hay alternativa. Lo siento por ti, por Darcy y por tus planes, Jason, realmente lo siento. Y te agradezco por salvarme, por preocuparte.

Lo miré fijo y logré calmar las emociones. Creo que fueron esas palabras de *agradecimiento* la que me hicieron pensarlo: quizá estaba también furioso por no haber recibido un agradecimiento, por sacarlo de ese lío, hacía una hora de viaje.

—Está bien, Arthur, está bien—. Suspiré, eché mi cabeza hacia atrás, sobre la cabecera del asiento, e hice un ademán de negación con la misma mientras pensaba. ¿Cómo demonios haríamos para salir de ésta? Ya estaba involucrado yo también y eso me enfurecía más. De momento me repuse, encendí el Rambler y emprendimos viaje nuevamente. Debíamos conseguir un hotel y descansar por esta noche. Era ya la una de la madrugada y ambos estábamos alterados, más yo. Encendí el radio y *Somebody to love* comenzaba a sonar. Maldita sea, me hizo recordar, volver a mi vida, que debía telefonar a Darcy y explicarle que mañana no podríamos almorzar, ni hacer el paseo por el Central Park que le había prometido. Pero ¿Cómo iba a hacerlo? ¿Qué iba a decirle? ¿Decirle la verdad?: “No Darcy, no podré verte hoy ni quién sabe hasta cuándo porque Arthur le robó un maletín lleno de droga experimental a un

**“Al rededor solo  
había árboles,  
muchos árboles, y  
se escuchaban soni-  
dos provenientes  
de entre los  
mismos; ardillas  
quizás, o algún  
maldito ciervo. Ya  
estaba furioso.”**

agente de la CIA y lo mató con un cuchillo en una habitación de hotel a nombre de quién sabe quién”.

### III

Condujimos por dos horas más hasta encontrar una salida a Bordertown. Hicimos unos dos kilómetros hacia adelante y nos topamos con un pequeño motel con letrero luminoso que parpadeaba pidiendo a gritos ser reemplazado. Arthur acotó que allí sería un buen lugar para descansar. *Motel Virginia* rezaba en un rosa flúor chillón y medio sucio. Había solo dos coches estacionados. El pequeño hotel contaba únicamente con diez habitaciones, cinco en planta baja y cinco en el primer piso.

En la recepción una señora de tercera edad nos atendió un poco descortés. Tenía los dientes amarillos, vestía camisión, y en su cabeza el pelo era tan blanco como las sábanas del hotel Dixon antes de ser salpicadas con la sangre roja de Robert Patton, el agente de la CIA asesinado por Arthur. No paraba de pensar en ello.

—Buenas noches, una habitación para dos por favor —hablé yo primero.

—¿Cama matrimonial? —preguntó la señora, mal humorada, en tono irónico.

—¿Qué le hace creer que...? —Arthur se sobresaltó detrás mío.

—Cierra la boca —le dije yo—. Camas separadas por favor y dos toallas.

—Quince dólares la noche y dos dólares por toalla, guapos —prosiguió la sexagenaria de pelo blanco. Por alguna extraña razón, quizá por esos rulos blancos o por el tono irónico con el que se dirigía, la señora me recordaba nuevamente a mi madre. Segunda vez que lo hacía en la noche y no sabía por qué.

—¿Puedo usar su teléfono? —pregunté sosteniendo entre mi dedo índice y medio derecho un billete, doblado horizontalmente, de cinco dólares.

La señora lo tomó de manera violenta sin quitar su mirada de la mía y suspiró hondo.

—Solo cinco minutos, luego no hay reclamos —ladró.

Sólo necesitaba eso. Tenía que llamar a Darcy, pero no sabía qué decirle. No sabía cómo explicarle, cómo hacerla entender sin que recurra a la

policía o se preocupase.

Tomé el tubo del teléfono de baquelita y giré el disco llamando al Hotel Pennsylvania. Demoró unos segundos, la música de espera era estresante, mis nervios podían sentirse en mis trémulas manos. Cuando contestaron pedí con la habitación 1013 de Darcy Ennis. Mientras aguardaba, pensaba cómo explicarle, no lo había ensayado y no estaba seguro cómo iba a recibirlo ella. Sólo pensaba en salir de allí, en volver a Nueva York, correr por el lobby del hotel y subir las escaleras para llegar hasta ella. Y abrazarla, abrazarla tan fuerte como aquellos que esperan volver a ver regresar con vida a sus esposos e hijos de Dong Ha, Tam Boi, o Thua Thien, y sus malezas...

—¿Hola, ¿quién habla? —se escuchó al otro lado del tubo. Era ella. Su dulce voz me hizo recordar todo lo que habíamos pasado juntos desde que la conocí, en el mismo Blue Stars (donde esta larga noche nos habíamos deleitado con *The Chairman of the Board*) hacía unos cinco meses, entre cocktails y Chesterfields, mientras sonaba un disco del ya devaluado Ray Charles —que había vuelto a componer tras su arresto. “Me llamo Jason, Jason Reed” le había dicho. “Yo soy Darcy Ennis, y no pude evitar quitarle de encima la vista al nudo de su corbata”, me había respondido. En ese tiempo ya utilizaba corbatas de seda, de buena calidad, y los nudos se apreciaban a la perfección gracias a mi madre que luchó con mi genio para que me vistiese de manera prolija en los primeros años donde comenzaba a tener citas.

Su voz me hizo pensar todo aquello, y que quizá no volvería a verla. Y no pude evitar colgar el tubo. No tuve el valor de hablarle, de explicarle siquiera. De nada. Allí seguía la señora del pelo blanco, mirándome fijo con el cigarrillo en la boca; escupiendo el humo negro y frunciendo la cara haciendo un ademán de negación, preguntándose seguramente qué tramaba. Di media vuelta y me fui a la habitación donde Arthur ya se encontraba descansando en una de las camas.

Me duché y me senté en el borde de la cama, pensativo, dubitativo. Todo lo ocurrido esa noche solo me suscitaba un enfermo sentimiento de tristeza sobre Darcy, no hacía más que pensar en ella, pensé que quizá realmente la amaba.

—Necesito un trago —informé a Arthur, que se encontraba recostado en su cama con el brazo derecho en la cara, como si se cubriese de algo

que no quisiera ver —. ¿Me acompañas?

—Mi cabeza me está matando. También necesito un trago —respondió y se colocó el pantalón de tela de gabardina y la camisa de algodón que trajo puesta toda la noche.

El bar del hotel no era gran cosa, como el mismo Virginia. No era gran cosa. La barra era un pequeño tablón viejo de color oscuro, barnizado y desgastado en los bordes. La camarera era, por supuesto, la señora del pelo blanco. Seguía con el cigarrillo en la boca, probablemente no era el mismo que encendió en la recepción. Tosía y se quejaba por lo bajo. Sus dientes amarillos lo denotaban: fumaba mucho. A esa altura de la vida era probable que no esperase nada más, ni siquiera cambiar los malos hábitos o los que sabía podían acabar con su vida en pocos meses, o en un año.

—Sólo hay Apple Jack, genuino. Nada de esas mariconadas de cocktails —se quejó.

—Por mí está bien —dije, y Arthur asintió también con la cabeza. Sacó dos vasos de la alacena y los sopló quitándoles el polvo. Levantó la botella de Laird's y sirvió dos tragos largos de manera profesional. Apoyó sus manos sobre el borde de la barra mirándonos fijo, a uno y a otro. De fondo colgaba un cartel de Naomi Parker Fraley y su clásica pose arreglándose la manga de la camisa mientras hacía un ademán llevándose el puño a la cara.

—¿Tiene un hijo en las malezas, ¿verdad? —pregunté mientras me llevaba el vaso a la boca. Aquella pregunta la tomó por sorpresa y me miró abriendo los ojos y bajando una ceja.

—Dos. Ambos en Dong Han prestando servicio. Mi esposo sirvió en Alemania y Francia —contestó sin quitar el tono refunfuñante. Aquello sonaba más lógico: sólo las mujeres que tuvieron que cargar con el peso de la guerra en sus hombros por sus seres queridos colgaban aquel gráfico de Howard Miller. —Los verdaderos hombres aman de igual manera a su madre y a su patria, y esa es la ley primera —refunfuñó nuevamente. El tono irónico no se lo quitaba jamás de la boca.

—Algunos solo corremos mejor suerte —repuse yo ante la vista, chiquita, de ésta. El trago estaba fuerte, desabrido, probablemente la botella llevaba allí algunos años.

—Los maricas como ustedes son los primeros

en caer mientras los valientes como Ralph y Eduard ponen la cara en la espesura para lograr un mundo mejor. — Su tono era ahora enojado, violento si se quiere.

—No lo dudo —agregué sin dejar de mirar el vaso—. Sírvame otro por favor. Iré al baño y regreso.

Aquello no tomó más de tres minutos. Cuando regresé Arthur y la vieja hablaban sobre el comunismo y lo *maravilloso* que resultaban el presidente Johnson y su política exterior. Arthur había querido alistarse en el ejército, pero no pasó la prueba física debido a una operación de corazón que había tenido hace unos años. Aquello lo dejó frágil, por eso se rebuscaba la vida vendiendo porquerías. Pero no las consumía. No podía, aunque quisiese.

—Beberé este vaso y me iré a la habitación, Arthur. Mañana continuaremos viaje a primera hora —avisé.

—Creo que yo también iré a la cama —contestó éste con un trago largo. Repliqué y nos marchamos. Eran ya las cuatro de la madrugada.

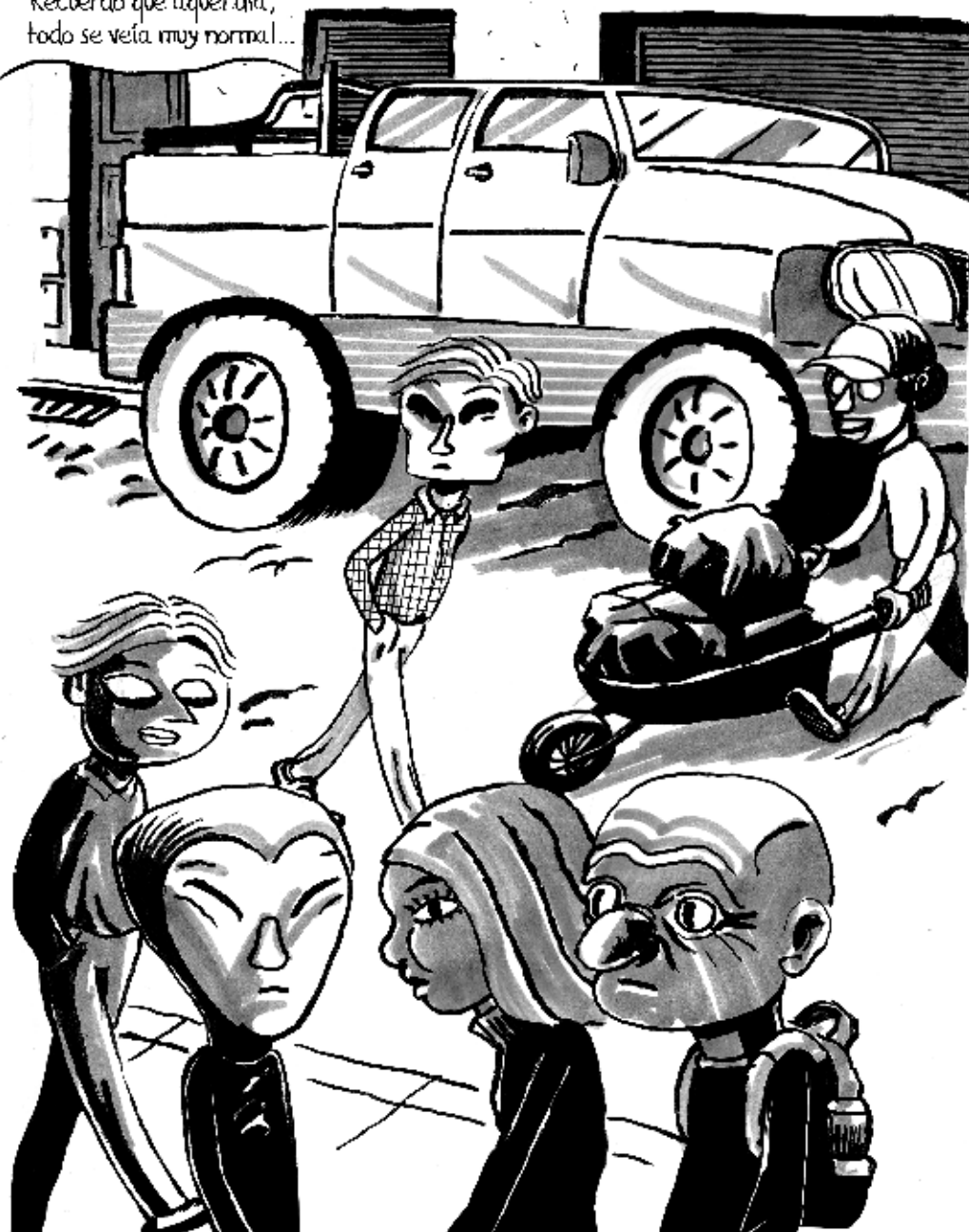
Encendí la tele e hice zapping. En el canal de noticias solo hablaban de la cuarta prueba de bombas atómicas en el mes llevadas a cabo a 100km de Las Vegas. Tras la prueba de Yard, Gilroy y Marvel, Zaza se hacía protagonista y su propaganda pretendía llamar la atención de todo el Vietcong y de Ho Chi Minh. La propaganda televisiva del país sobre el entrometimiento en la guerra tratando de mitigar el asunto era repugnante. El demócrata Johnson no hacía más que sentirse orgulloso por los miles y miles de jóvenes enviados a morir por una causa que no nos pertenecía. A pesar de que provenía de una familia de tradición demócrata no pude evitar sentir ese repugnante sentimiento. Cambié de canal, en busca de otra cosa. Un concierto repetido de The Platters se emitía a esas horas y allí quedé hasta que me dormí.

*CONTINUARÁ...*

# Extrañas distancias

X D'ALIA

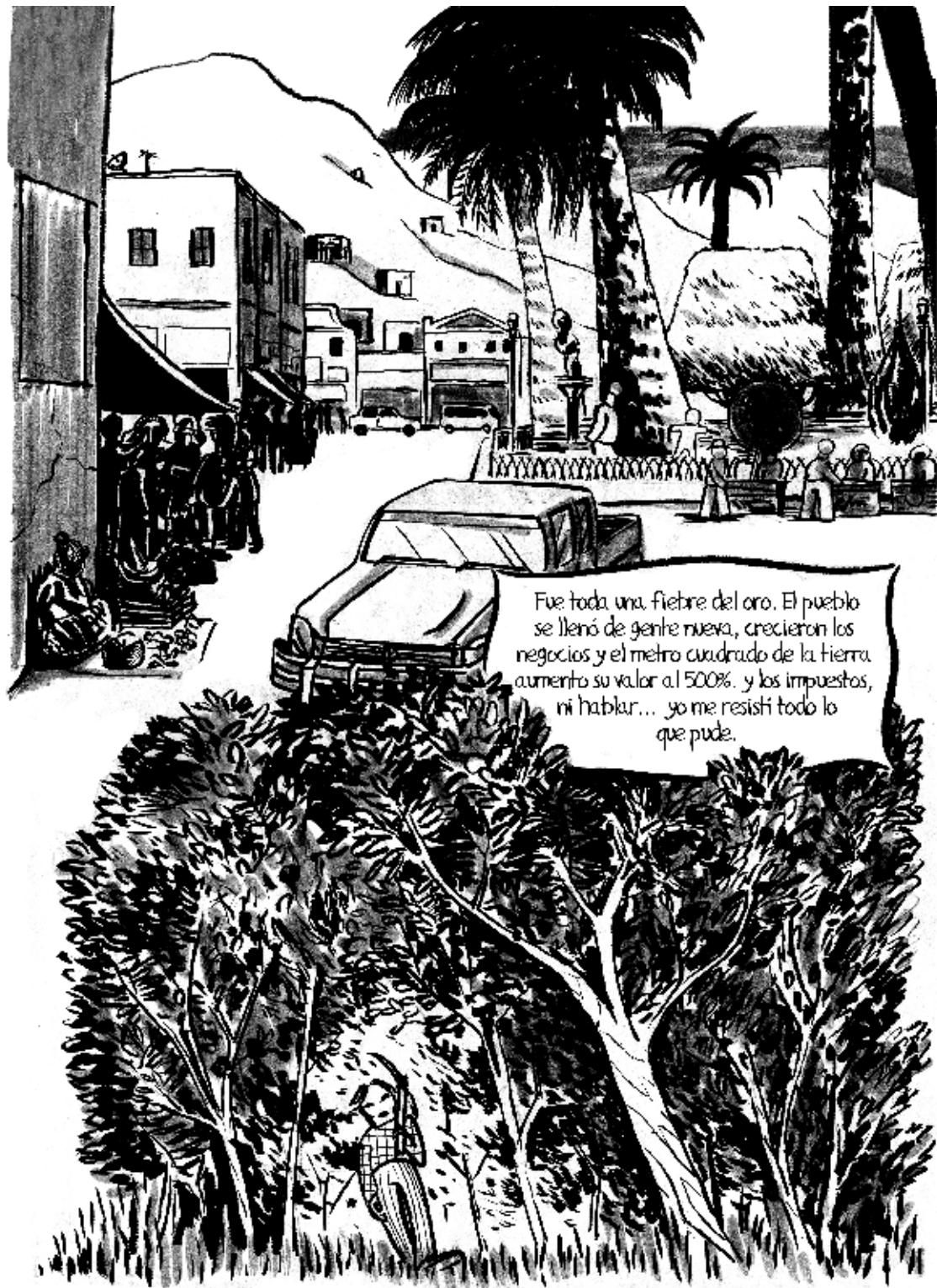
Recuerdo que aquel día,  
todo se veía muy normal...



Yo me dirigía, como  
de costumbre, al  
corazón del bosque.

¿Dije que todo se veía  
muy "normal"?  
es increíble a lo que  
podemos acostumbrarnos.  
Estaba indignado.  
En mi pueblo  
la gente decidía  
dejar el bosque e ir a  
buscar oro al cerro.

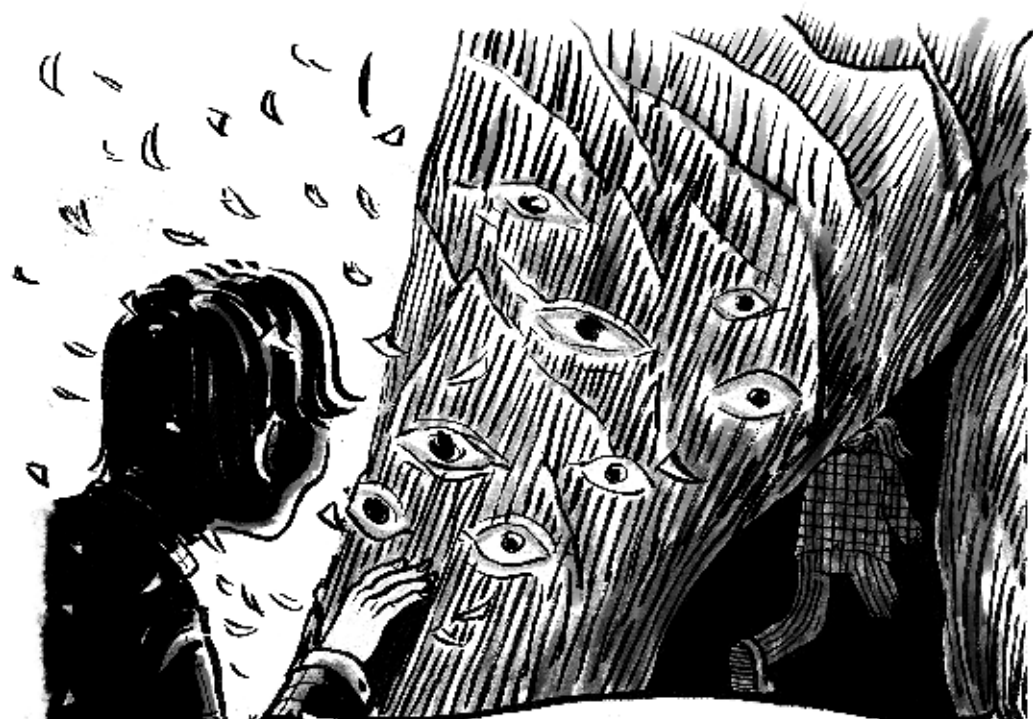




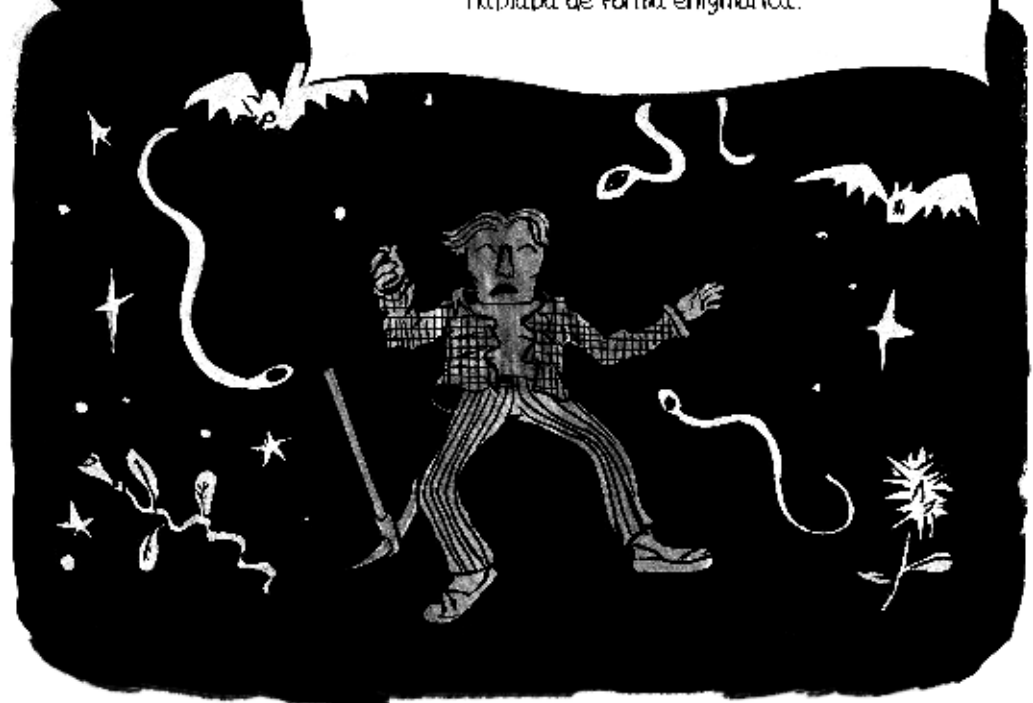
Fue toda una fiebre del oro. El pueblo se llenó de gente nueva, crecieron los negocios y el metro cuadrado de la tierra aumentó su valor al 500%. y los impuestos, ni hablar... yo me resistí todo lo que pude.







No pensaba abandonar ese bosque inmenso que nos  
hablaba de forma enigmática.



Que nos dá tanto, aunque no siempre entendamos qué



Ni por qué...

Refugio de historias por demás



CONTINUARÁ...

# DEL CIELO Y DEL INFIERNO

por *Jorge Luis Borges*

(Publicado en la edición impresa de *El País*, en abril de 1986)



**P**ara casi todos los hombres, los conceptos de cielo, de felicidad son inseparables. Los teólogos definen el cielo como un lugar de eterna gloria y ventura y advierten que ese lugar no es el dedicado a los tormentos infernales. Butler, a finales del siglo XIX, proyectó un cielo en el que todas las cosas se frustraran ligeramente, ya que nadie es capaz de tolerar una dicha total, y un infierno correlativo, en el que faltara todo estímulo desagradable, salvo los que prohíben el sueño. Bernard Shaw, a principios de este siglo, instaló en el infierno las ilusiones de la erótica, de la abnegación, de la gloria y del puro amor impercedero; el tercer acto de *Man and Superman*, que narra el sueño de John Tanner, ubica en el cielo la comprensión de la realidad. La idea central de esta doctrina ya había sido explicada largamente en el más conocido y hermoso de los tratados de Swedenborg, *De coelo et inferno*, publicado en Amsterdam en 1758. William Blake lo repite y, Bernard Shaw lo resume espléndidamente en su comedia. Cabe suponer que escribió bajo el estímulo de Blake, a quien menciona con frecuencia y respeto o, lo que no es inverosímil, que arribó a las mismas ideas por cuenta propia. Leslie D. Weatherhead, un mediocre y casi inexistente escritor, acaso estimulado por lecturas piadosas, da en el cuarto capítulo de *After death* una original versión del cielo, que concuerda plenamente con la de André Gide. En *Journal* (página 677), Gide habla de un infierno inmanente, ya declarado por el verso de Milton: "Which way i fly is hell; myself am hell". Weatherhead arguye que el infierno y el cielo no son localidades topográficas, sino estados extremos del alma. Propone la tesis de un solo heterogéneo ultramundo, alternativamente infernal y paradisiaco, se-

gún la capacidad de las almas. Escribe que la directa persecución de una pura y perpetua felicidad no será menos irrisoria del otro lado de la muerte que de éste. "El dolor del cielo es intenso", comenta, "pues cuanto más hayamos evolucionado en este mundo, tanto más podremos compartir en el otro la vida de Dios. Y la vida de Dios es dolorosa. En su corazón están los pecados, las penas, todo el sufrimiento del mundo. Mientras quede un solo pecador en el mundo no habrá felicidad en el cielo".

Dante, en la famosa epístola dirigida a su amigo Can Grande della Scala, advierte que su *comedia*, como la Sagrada Escritura, puede leerse de cuatro modos distintos y que el literal no es más que uno de ellos. Dominado por los versos precisos, el lector conserva la indeleble impresión de que los nueve círculos del infierno, las nueve terrazas del

**"El dolor del cielo es intenso", comenta, "pues cuanto más hayamos evolucionado en este mundo, tanto más podremos compartir en el otro la vida de Dios. Y la vida de Dios es dolorosa. En su corazón están los pecados, las penas, todo el sufrimiento del mundo. Mientras quede un solo pecador en el mundo no habrá felicidad en el cielo".**

purgatorio y los nueve cielos del paraíso corresponden a tres establecimientos: uno, de carácter penal; otro, penitencial, y otro -si el neologismo es tolerable-, premial. Pasajes como el de este verso: "Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate", fortalecen esa convicción topográfica, realizada por el arte y negada por la lógica o el candor de Weatherhead.

Los destinos ultraterrenos de Swedenborg difieren casi diametralmente con la concepción de Dante y coinciden parcialmente con la teoría de Weatherhead. Para Swedenborg, el cielo y el infierno no son lugares, son condiciones de las almas, determinadas por su vida anterior. A nadie le está vedado el paraíso; a nadie le está impuesto el infierno. Las puertas están abiertas, y quienes mueren no saben que están muertos; durante un tiempo indefinido proyectan una imagen ilusoria de su ámbito habitual y de las personas que las rodean. Recuerdo ahora que en Inglaterra una superstición popular declara que no sabremos que hemos muerto sino cuando comprobemos que el espejo ya no nos refleja.

El infierno es la otra cara del cielo. Su reverso preciso es necesario para el equilibrio de la creación. Quien lo rige es el Señor, como, a los cielos. El equilibrio de las dos esferas es requerido para el libre albedrío, que sin tregua debe elegir entre el bien, que mana del cielo, y el mal, que emana del infierno. Cada día, cada momento de cada día, el hombre labra su perdición eterna o su salvación.

Creamos o no en la inmortalidad personal, es innegable que la doctrina de Swedenborg es más moral y más razonable que la de un misterioso don que se obtiene, casi al azar, a última hora.

La vasta literatura escrita sobre el cielo y el infierno abarca y agota todas las posibilidades. No sé qué opinará mi lector sobre estas conjeturas que acabo de exponer. He observado que aquellos que creen en un mundo ultraterreno poco se interesan en él. Conmigo ha ocurrido y ocurre todo lo contrario; me interesa, pero no creo. Otro tanto me ocurre con el libre albedrío, esa ilusión necesaria que nos hace sentir dueños de nuestras propias acciones.

## ¡Sabías que...?

Christine Jorgensen fue una activista transgénero y celebridad tras convertirse en la primera persona en haber tenido una cirugía de reasignación de sexo exitosa, además de aceptar públicamente su condición incluso en la época en la que vivió. Christine fue también la primera persona que experimentó con la terapia hormonal para su cambio de sexo. Utilizó su devenida fama para defender los derechos de las personas transgénero y se convirtió en el ícono de lucha que hoy en día sigue habiendo con respecto a este colectivo.

Antes de someterse a una serie de opera-

ciones en Dinamarca que resultaron en su reasignación de sexo, sirvió en el ejército estadounidense y prestó servicio durante la Segunda Guerra Mundial.

En 1953, el director de culto Ed Wood dirigió y protagonizó la película *Glen or Glenda*, tomando la figura de Christine Jorgensen como ejemplo y valentía para realizar este drama semiautobiográfico donde aboga por la tolerancia ya que el mismo Ed Wood era travestido.

Falleció en 1989 a causa del cáncer pero aun hoy sigue siendo un ejemplo y motivación para aquellas personas que persiguen sus sueños y pelean por sus derechos.

# Epitafio para el borracho del pueblo

Por ED WOOD



**E**staban sentados en el despojado interior del bar del pueblo, casi a oscuras... alrededor de una estufa a leña, estirando los pies y las piernas para estar lo más cerca posible del fuego sin llegar a chamuscar sus muy gastados pantalones. Tenían enormes jarras de cerveza en la mano. Ninguno de ellos tenía la menor idea de lo que era una copa de cocktail, y de haber sabido, nunca habrían siquiera mencionado un artículo tan fino y tan obviamente reservado para las mujeres... y las mujeres no tenían la entrada permitida en el Bar de Barnaby... Sin embargo, las jarras no solo contenían cerveza... en algunas había también “ron caliente a la mantequilla”, ese néctar alcohólico... revuelto con el atizador que siempre quedaba en una ranura especial ubicada en la tapa de la estufa. Además, estaban los que preferían el whisky puro... a casi ninguno le parecía que la cerveza helada fuera la mejor bebida para una noche tan fresca como esa... ni el gin... ese también era un trago para mujeres.

El mismo Barnaby solo se alejaba de la estufa para buscar más leña, o para ir hasta la barra a

traerle alguna bebida al resto... y lo hacía lo más rápido posible, porque la temperatura bajaba dramáticamente ni bien uno se alejaba unos pasos de la estufa.

—No recuerdo que haya hecho un frío así antes. Te cala

hasta los huesos, sin duda —comentó el viejo Jake Cornfield, lamiéndose el whisky que chorreaba de sus amplios bigotes.

—Hasta la nieve se siente más fría este año —informó Lucas Heindorf.

—Demonios, muchachos —dijo Pete Whistle de repente—, tenemos que aceptarlo, nos estamos poniendo viejos, eso es todo. Mientras más viejo se pone uno, más hondo le cala el frío los huesos.

Barnaby se llevó su ron a los labios, contrajo el rostro y estiró el brazo para agarrar el mango de madera del atizador hirviendo.

—Menos mal que el alcohol no se congela... a esta altura las botellas del bar estarían hechas una piedra, se los aseguro— dijo, mientras hundía el atizador en el trago y observaba cómo este empezaba a burbujear—. Cada cinco minutos mi ron se enfría de nuevo. Este maldito atizador seguramente va a terminar cocinándolo hasta que quede intragable.

Dicho esto, puso de nuevo el atizador en su lugar.

—Me pregunto hasta qué punto el calor habrá quemado al viejo Rance Tensite —dijo Jake, lamiéndose otra vez los bigotes—. Uno de estos años voy a tener que recortarme este pelambre. Mientras más largos tengo los bigotes, más whisky desperdicio —agregó, antes de mirar en derredor y notar que los demás se habían puesto momentáneamente silenciosos y solemnes—. La verdad es que extraño un poco al viejo borracho ese.

—No me molestaba fiarle algún que otro trago —murmuró Barnaby, después de beber un poco de ron caliente y dejar que se asentara en su estómago—. Un par de veces al año venía y me

pagaba todo lo que debía. Por supuesto, estaba borracho como una cuba cuando entraba al bar...

—¿Y cuándo no? —añadió Lucas, aunque en su voz no podía detectarse mucha sorna. Él también se estaba acordando de Rance.

—Nah, lo que quiero decir es que, cuando venía al bar a pagar lo fiado estaba peor que nunca. Ustedes lo saben. Después se quedaba por aquí sentado durante un par de días... quizás más... hasta que se le acababa el dinero. Yo siempre le dejaba pasar la noche cerca de esta vieja estufa, cada vez que venía y se gastaba hasta el último centavo en la barra. En todos los años que lo conocí, nunca supe dónde se quedaba cuando no dormía en el bar.

Todos asintieron con la cabeza.

—No era un mal tipo... supongo... para ser un borracho. Nunca le oí hablar realmente mal de nadie. Se pasaba la vida bebiendo y vagando, nada más. Claro que... como todos sabemos... no le caía muy bien el sheriff, ni la cárcel tampoco. Supongo que sí hablaba pestes de ellos.

—Quizás tendría que haberles dado las gracias... cuando terminaba ahí lo resguardaban del frío y la intemperie.

—Pero también lo obligaban a estar sobrio, Jake, y te aseguro que eso no le gustaba nada.

Lucas casi sonrió, pero la situación era demasiado solemne para ese tipo de gestos.

—Saben —rememoró Barnaby—, una vez entró con algo de dinero en los bolsillos, y lo vi beberse tres cuartos de litro de whisky de un solo trago, sin despegar la botella de los labios.

—¡Me pregunto cómo tendría el hígado! —dijo Pete, agitando levemente el grueso vaso que sostenía en la mano y viendo cómo se arremolinaba el whisky—. Nunca lo vi probar ni un solo bocado de comida.

—Los tipos como el viejo Rance Tensite no necesitan hígado. Supongo que no necesitan tener entrañas como los demás. Lo único que les hace falta es una boca y un estómago para tragar, y el nabo para mear lo que tragaron.

Barnaby se levantó de la silla y fue hasta la parte superior de la barra para rellenar su jarra.

—Les aseguro que me encantaría saber de dónde sacaba el dinero, cuando lo tenía —dijo, mirando al resto. Se habían callado todos—. ¿Alguien más quiere algo, ahora que estoy aquí?

Jake escudriñó su cerveza, se levantó y avanzó

a los tumbos hasta la barra:

—Mejor lleno ahora la jarra hasta el borde, así no tengo que venir a este iglú tan seguido.

Barnaby se dio media vuelta para servir el whisky y Jake giró para quedar de frente al resto del grupo, apoyando los codos sobre la barra:

—Supongo que no lo van a enterrar hasta que llegue la primavera.

—Nadie puede cavar una fosa en esta época del año. Apuesto lo que quieran a que la tierra está congelada hasta el mismísimo infierno.

—Seguro que Spears ni siquiera necesita una hielera en la funeraria para conservar los fiambres.

—Ese viejo tacaño probablemente ni tenga hielera, de todas formas... nunca gasta un centavo si puede evitarlo.

—En cualquier caso, no quedó mucho de Rance después del incendio... no lo suficiente como para cremar, congelar o enterrar. Pero supongo que habrá que plantar los huesos que quedaron.

Barnaby y Jake regresaron a sus sillas y se estremecieron al sentir la primera oleada de calor en el cuerpo.

—El fuego —informó Barnaby— es una bendición cuando se lo maneja con cuidado... y puede ser un horror cuando se lo maneja mal, vaya que sí.

Después metió el atizador en el ron y se quedó escuchando cómo este bullía suavemente.

Al igual que antes, nadie habló durante largo ra-

**“Después se quedaba por aquí sentado durante un par de días... quizás más... hasta que se le acababa el dinero. Yo siempre le dejaba pasar la noche cerca de esta vieja estufa, cada vez que venía y se gastaba hasta el último centavo en la barra.”**

to, hasta que Lucas se dio cuenta de que ya no le quedaba nada para beber. Miró su jarra vacía, miró a Barnaby, y miró su jarra vacía otra vez.

—Vas a tener que levantarte para ir a buscar la botella, porque yo todavía sigo con frío de la última vez. Ya vista dónde está, y yo sé muy bien cuánto le queda, así que ni se te ocurra anotar de menos en la lista que está ahí, en la barra.

Lucas se puso de pies y fue temblando a servirse su bebida.

—¿Qué suponen que podrá empujar a un tipo a hacer algo así?

—¡El alcohol!

—Cualquiera pensaría que el alcohol tendría que haberlo matada hace mucho.

—Los tipos así no se mueren por el alcohol... quizá por estar bebidos, como el viejo Tensite, pero nunca por el alcohol.

—Fue una locura, diría yo —opinó Lucas, regresando a toda velocidad a su silla, cerca de la estufa—. Le diste una botella entera después de que salió, ¿no, Barnaby?

—Jake y yo, una cada uno.

—¡Sí! Después de haber hecho lo que hizo, también le di una. Tanto Barnaby como yo pensamos que la necesitaba. Estábamos ahí cuando pasó, saben. Los dos estábamos caminando hacia el bar. Barnaby iba a abrir y yo iba a beber mi whisky de la tarde. Sí, los dos le llevamos una botella.

—Ya debía haberse bajado más de una a esa altura... incluso antes de que sucediera todo —dijo Pete.

—Si no, estaba loco, te lo aseguro —replicó Lucas—. Hay que estar loquísimo para hacer lo que hizo.

Jake volvió a secarse el bigote y agregó:

—Hay que estar loco para hacer las dos cosas. Barnaby farfulló:

—Supongo que fue una suerte que estuviera loco... por lo menos para hacer lo primero.

—¿Quién va a pagar el funeral?

—Supongo que el municipio... Fondos no faltan, después de todos esos impuestos que cobraron en otoño.

—Oí decir que los Vigrans querían ocuparse de los gastos.

—Suena lógico.

**“Barnaby se había olvidado de que aún tenía el atizador caliente en el ron... aunque ya no estaba tan caliente, a decir verdad. Volvió a ponerlo en la ranura de la tapa de la estufa.”**

—En definitiva, se metió en el arroyo congelado para sacar a su hijo.

—No tienen ni un centavo.

—Pero se sienten responsables. Su hijo salió sano y salvo.

—Apenas con un resfrío fuerte. Rance está muerto, y eso es más fuerte que cualquier resfrío. Quizá quieren recaudar el dinero y hacerlo por su cuenta.

—El municipio no debería dejarlos. Es mucho sacrificio para ellos —dijo Lucas, antes de beber el primer trago del whisky que se había servido en la barra—. Creo que deberíamos hablarles del tema. Por lo menos podríamos poner la mayor parte. Que ellos manden flores o algo... quizá el padre podría ayudar a carga el ataúd.

Barnaby se había olvidado de que aún tenía el atizador caliente en el ron... aunque ya no estaba tan caliente, a decir verdad. Volvió a ponerlo en la ranura de la tapa de la estufa.

—Sí, tal vez debería hacer eso. El tipo no viene muy seguido... y cuando lo hace, apenas pide una cervecita. Traté de ofrecerle una cerveza grande varias veces, y siempre me dice “Gracias, pero no, gracias”. Supongo que estarán bastante escasos de dinero.

—Bueno —empezó a decir Pete—, tendríamos que averiguar si vamos a ser nosotros cuatro los que vamos a cubrir los gastos, o quizá algunos de



los otros granjeros, que ven a Rance con buenos ojos por haberse zambullido al agua helada para salvar al chico. Pero no confiaría demasiado en que el municipio vaya a usar sus fondos para eso... no después de lo que Rance hizo más tarde.

Todos se quedaron pensando durante un largo rato en lo que había hecho Rance, muy callados, hasta que Lucas volvió a hablar:

—Buen punto. El municipio va a tener que desembolsar una suma importante por culpa del viejo Rance.

—Ajá —razonó Barnaby—. Pasó de héroe a energúmeno de un momento al otro.

—Todo es cuestión de dinero en este mundo, supongo. Es una lástima que haya sucedido lo que sucedió, pero así fue.

—Nunca le cayeron bien las autoridades. Van a decir que lo hizo a propósito.

—Sí, de héroe a energúmeno. Qué rápido se olvida la gente de las buenas obras.

—A nadie le gustan los borrachos. Aunque haya sido un héroe por un rato.

—Él no quería ser ningún héroe.

—No, seguro. Simplemente, no soportó ver que un chico se ahogara en el arroyo congelado. Apuesto que ni siquiera lo pensó. Solo se arrojó, borracho como de costumbre, al agujero ese en medio del hielo y lo sacó.

—Cuando Jake y yo lo empezamos a ayudar a salir, ni siquiera parecía estar temblando. Supongo que todo el alcohol que tenía encima lo mantenía en calor. Pero cuando lo sacamos del hielo con el chico, ya se había puesto completamente azul. Ahí fue cuando el sheriff y sus dos agentes vinie-

ron y se los llevaron a ambos a la cárcel, y Jake y yo vinimos a buscar las botellas y fuimos lo más rápido posible allí a dárselas a Rance. Los Vigrans ya habían ido a buscar a su hijo, y el sheriff le dijo a Rance que si quería podía pasar la noche en una de las celdas. No había nadie más.

—El lugar es básicamente un granero enorme y frío —describió Jake—, con una estufita en el medio... está tan lejos de las celdas que daría lo mismo si no estuviera... Es como aquí, ni bien nos levantamos para ir a buscar algo a la barra... nos congelamos cada vez que nos separamos unos pocos pasos del fuego.

Barnaby bebió un trago largo de su ron caliente y miró a los demás, que habían bajado la vista. Todos sabían lo que había sucedido, y estaban recordando la escena como si cada uno de ellos la hubiese vivido en carne propia.

Barnaby cerró los ojos. Parecía querer ahuyentar aquella imagen de su mente, pero siguió relatando la historia.

—Así que, en algún momento de la noche, la puerta de la celda se cerró sola y quedó trabada, y el viejo Tensite, pobre de él, quedó ahí atrapado, congelándose... sin más whisky... así que prendió fuego el colchón y se puso al lado para calentarse... prendió fuego el colchón y ya no hubo manera de apagar las llamas cuando se incendiaron esas viejas paredes de madera... El municipio va a tener que cobrar muchos impuestos para la nueva cárcel... supongo que a Tensite vamos a tener que enterrarlo nosotros...

—Sí, lo que queda de él —replicó Pete.

Ediciones **Rocamadour**



**¿CONOCES NUESTRA PÁGINA WEB?**

[www.edicionesrocamadour.com.ar](http://www.edicionesrocamadour.com.ar)

*Ingresá y seguí leyendo historias originales*



Por M. M. ÁLVAREZ

Ilustración | FEDE AVILA CORSINI



# LATE NIGHT

con Peter Lorre

Invitado:  
Ed Wood



(La escena transcurre días antes de la renuncia de Donald “Donnie” Macintosh.)

—¿Qué está pasando ahí dentro?

—Las chicas, de nuevo.

—¿Las chicas?, ¿qué con ellas?

—Acusan a la nueva, a Sandy, de que se llevó a casa la prenda de una de las bailarinas. Un suéter. Se llevó, claro está, sin el consentimiento de nadie.

—¿Se robó parte del vestuario?

—Eso dicen.

—¿Y por qué no decís que se robó parte del vestuario, Donnie?

—Sí, bueno, eso quise decir. Lo siento.

—Ey, estoy bromeando. ¿Donnie? Era un chiste. Ni siquiera soy tu jefe.

—Bien, Peter.

—¿Y qué planean hacer, o van a dejarlo como un simple accidente doméstico?

—Imposible. Las bailarinas dicen que la van a denunciar con el mismísimo dueño de Limbo Productions.

—Buena suerte con eso.

—Es lo que pienso. También dijeron que jamás, si de ellas dependiese, le permitirían trabajar de vuelta en la industria. Que encima que le daban de comer, ella se atrevía a robarles.

—Donnie, ambos sabemos cómo son las viejas con las nuevas. Lo mismo ocurre con los actores: se arrancan los ojos con tal de asegurarse la permanencia. ¿No creés que...?

—¿Peter?

—¿Qué hace él aquí?

—¿De quién estás hablando?

—Ahí, el hombre del maletín que habla con los muchachos de mantenimiento.

—¡Ah, él! Tremenda presencia, ¿no?

—Nadie me dijo que vendría.

—Acá nadie dice nada.

—Sería una herejía que barriesen el piso por donde pasaron esos zapatos. No me digas nada: vino a instruir a los de maquillaje. Luego de lo ocurrido con ya sabés quién, me lo imaginaba.

—Chaney está viejo y se lo nota constantemente con una gripe fatal, pero aun así es el mejor.

—Nada que declarar en contra de eso. ¿Viste “El Fantasma de la Opera”?

—Quien trabaje en el rubro no puede no haberla visto.

—... el instante en que Christine le arrebató el rostro y debajo...

—Realmente es único.

—...esa otra máscara mortuoria: su rostro verdadero. No puedo creer que sea Lon Chaney.

—Peter, hablando de cosas únicas, ¿estás completamente seguro con lo de hoy?

—¿Por qué no lo estaría?

—Bueno, me preocupa tu... reputación. La reputación de todo el programa, para ser más precisos.

—No te sigo.

—El tipo, digamos que no cumple con los requisitos de los entrevistados.

—Donnie, ¿cuáles serían esos requisitos? Es la primera vez que escucho de ellos.

—No quiero que haya malentendidos, solo eso. Odiaría que te levantaran del aire.

—Todos mis invitados están justificados por ser excepcionales.

—Pero bueno, este tipo...

—Si mal no recuerdo creo que dejó su nombre en recepción. ¿Por qué no vas a chequearlo?

—Peter, por favor. ¡El tipo es un fenómeno!

—¿Y no lo somos todos en este jodido circo que es la vida?

—Es en serio. Temo, más allá del programa, que mi propio culo esté en riesgo.

—¿Sabías que la mayor parte de los personajes de Lon Chaney eran marginados, fenómenos a ojos de la sociedad?

—Peter, lo que trato de decirte es que Ed Wood va a regalarle todo lo que has construido a los críticos; va a hundir Late Night hasta el fondo y... ¿qué pasa? ¿Qué es tan gracioso?

—Nada, Donnie.

—¿Preferís esconderme cosas...?

—¡Dijiste su nombre!

—¿Y eso que diferencia hace?

—Adiós, Donnie.

—Peter.

—¿Y ahora qué?

—Es de angora, el suéter desaparecido, y por el que puede que a Sandy pongan de patitas a la calle. Nada más. Pensé que deberías saberlo.

(Hora de la entrevista)

¡Buenas noches, amigos! Creo que hablo de parte de todos los implicados en este programa cuando digo que nuestra entrevista de hoy tiene todo lo necesario para ser considerada una de las más memorables desde que Late Night se encuentra al aire. Aún recuerdo al primer invitado, de eso ya muchos años. Supongo que podría verse con buenos ojos el reunirlos a todos en un especial, ¿no?

Primero y principal, debo disculparme por lo carente del presupuesto en materia de ambientación. Nos hubiese gustado armar un escenario más propicio, más acorde a su persona, con lápidas, calaveras y telarañas. Ustedes me entienden. Pisar suelo conocido: uno se desenvuelve mejor si está en su elemento.

A quién tenemos hoy aquí se lo toma como a un director de cine un tanto diferente a los de su generación. Uno que se atrevía a traspasar los límites.

Dado que esta especie a la que pertenezco se desprende de sí misma y crea grupos y subgrupos, mi deber siempre fue el de incluirme dentro de los que albergan a la extraña tribu de los justos. Me contento con decir que en este subgrupo aprendí a reconstruirme y a no quedarme con esa primera impresión que suele alcanzar para desenmascarar a un individuo.

A quien tenemos hoy aquí es a un verdadero artista, si así me lo permite, arriesgando mi cuello a una obvia adulación. Precursor de las películas series Z, me complace presentar a un optimista, un apasionado, un sediento cuya sed lo precede a cualquier sitio a donde va; un mito entre los mitos, con ustedes, damas y caballeros, vampiros y vampiresas: ¡Ed Wood!

—Bienvenido Ed y gracias por acompañarnos esta noche.

—Pues, buenas noches, Peter. ¡Menudo halago el tuyo!

—Tengo mis razones. Bertolt Brecht, luego de contratarme para “Pioneros en Ingolstadt”, me interceptaba continuamente para darme consejos para el papel de Fabian. Ese hombre me dijo muchas cosas, pero hay una frase que jamás pude quitarme de la cabeza: “El arte no es un espejo para reflejar la realidad, sino un martillo para darle forma.”

—Una frase muy bonita, estoy de acuerdo.

—¿Cómo estas, Ed?

—Bastante mejor. Pensé que jamás llegaría el final de ese partido y me levantaría del sillón, respirando. Ahora estoy bien.

—Antes que nada quiero darte esto.

—¡Oh! Una caja.

—Es un obsequio. Creo que vas a darle el uso apropiado.

—No recuerdo cuando fue la última vez que alguien... ¡Mi máquina de escribir!, pero, ¿cómo la consiguieron?

—La conseguimos al proponérselo.

—No sé qué decir.

—Aceptála. Al fin y al cabo, es tuya.

—La vendí hace mucho tiempo... por whiskey. Por whiskey, Peter. ¿Puede uno caer más bajo que vender una extremidad del cuerpo por un trago de alcohol?

—Lo que sobra en este mundo son arrepentimientos. Lo que importa ahora es que estamos acá y que volviste. ¿Te gustaría hablarnos de vos, de quién eras antes de todo esto, de la tormenta?

—Después de recuperar la máquina es lo menos que puedo hacer. Y citando a Criswell, un viejo amigo que se la pasaba llenándose la boca con el futuro: Saludos, amigo mío. Te interesa lo desconocido, lo misterioso, lo inexplicable... Sí, por eso estás aquí. Por primera vez te ofreceremos la verdadera historia de lo que ocurrió.

—¿Y qué ocurrió, entonces, Ed?

—Ocurrió que el 10 de Octubre de 1924 nacía en Poughkeepsie, Nueva York, a orillas del Hudson, un niño llamado Edward Davis Wood Jr. Desde muy temprano se vio inmerso en la literatura y en el cine, preferiblemente del género de terror y del lejano oeste. Edward, Ed, mientras trabajaba en un teatro de su localidad vio estallar la Segunda Guerra Mundial y mintió sobre su edad para poder ingresar al ejército. Tenía diecisiete años, quería dar su parte a los japoneses. Fue marine en el Pacífico Sur y combatió en Tarawa y en las Islas Marshall. Perdió la totalidad de sus dientes superiores de un culatazo enemigo al que luego persiguió y asesinó. Finalizada la guerra, Ed regresó a casa condecorado, entre otras medallas, con la Estrella de Plata y el Corazón Púrpura. Pero tal vez, el verdadero miedo del muchacho hundido en el campo de batalla, no era el de morir, sino... Perdón, ahora vengo.

—¿A dónde vas, Ed?

—Solo un segundo.

—...

—Bien, acá estoy. El suéter de angora y la peluca me reconfortan.

—**Que el invitado se sienta a gusto es lo que más nos importa. Por favor, proseguí.**

—¿En qué estaba? Ah, el miedo de Edward D. Wood Jr no era el de que una bala lo partiera a la mitad, sino que descubrieran, en el caso de ser herido, la ropa interior de mujer, de un color rosa, que llevaba debajo del uniforme. El resultado sería con toda seguridad embarazoso. Prefería morir.

—**Y ese fetiche...**

—Mi madre solía ponerme todo tipo de vestidos en mi infancia, supongo que por haber deseado a una niña antes de mi despampanante aparición. Me agradaría que de ahora en adelante te refieras a quien está frente tuyo como Shirley.

—**Shirley, de ahora en más.**

—Gracias, Sr. Lorre. Puesto que ya había vuelto a la tierra del sueño americano, Hollywood fue su próxima parada. Allí comenzó todo. Escribí, produje, dirigí y co-protagonicé mi primera película: *The Streets of Laredo*. De una duración de treinta minutos. A finales de los 40 estaba ya a las puertas de la Universal.

—**Descontracturando un poco la línea de tiempo, hablame un poco, Shirely, de *The Golden Turkey Awards*, este premio con el que te catalogaron como el peor director de todos los tiempos. ¿Cómo influyó en tu vida?**



—Yo, a su vez, le pregunto, Peter Lorre: ¿Debería agradecer a tal nominación por mi reiterada presencia en boca de personas totalmente irrelevantes a mi propósito de ser un hombre recordado? *The Golden* fue un libro escrito por los hermanos Medved, en 1980, donde otorgaban estos trofeos al peor desempeño, con categorías al estilo de: Peor Explotación Cinemática de una Deformidad Física. Una película integrada solo por enanos tuvo la fortuna de ganar en esa terna. Un western con nada más que enanos: *El terror de Ciudad Minúscula*. Me hubiese encantado escribir un artículo sobre ello. Gran film. Y volviendo a tu pregunta Peter, basándose en los votos de los lectores, anteriormente citados por medio de “Las cincuenta peores películas de todos los tiempos”, se juntaron algo así como tres mil papeletas y mi obra *Plan 9 del espacio exterior* terminó por ser elegida como la peor de la lista. ¿Si debería agradecer? Claro que sí. Aunque no evado el hecho de que se declararon -nos declararon- unos parias del espectáculo, en un mundo que cree tener todo el derecho a opinar. Ni yo mismo podría vincular una verdad absoluta en el hipotético caso que escriba un artículo sobre *El terror de Ciudad Minúscula*, ¿me entendés? Pero creo que luego de aquel libro, mi criterio, pareciera, aumentó su valor. Lo tomo, al día de hoy, como un verdadero honor y una especie de revancha para todos los que no creyeron en lo que podía ofrecer. Puedo ser muchas cosas, pero nunca renuncié a mí mismo. O a lo que creí era justo.

—**El que abandona no tiene premio, ¿no es así?**

—Claramente.

—**Decime, Shirley, ¿qué es lo que el término, o título, cineasta de culto te dice?**

—Me gusta. Sí, me gusta. Lo relaciono con lo oculto. Puede que un ejercicio y un lugar al que le conozco todos los vericuetos. Viví en las sombras mucho tiempo.

—**Debido a la repercusión de estos premios, Kathy Wood, tu actual esposa, comenzó a recibir llamadas y cartas de fanáticos. Ella tardó en entender esta nueva y creciente fascinación por usted.**

—Kathleen es una mujer muy reservada y todo aquello la abrumó, pero al mismo tiempo le abrió un abanico de oportunidades.

—¿Tengo que preguntar qué papel juega en su vida la actriz y activista Christine Jorgensen?

—Bueno, pensar en esos años es recordar a Bela. Es imposible no hacerlo. Bela fue importantísimo y quiero creer que yo también lo fui para él. En el 52 Alex Gordon, futuro creador de la American International Pictures, me presentó a dicho ilustre caballero de mirada profunda. En esa época escribí y dirigí una película acerca del cambio de sexo. George Weiss, el productor, era tácito en su objetivo: tenía que tratarse, con un claro matiz sensacionalista, del reciente caso de Jorgensen y su exitosa cirugía. Finalmente, el proyecto derivó en lo que todos conocen como *Glen o Glenda*, un drama semi-biográfico.

—Es en ese film, y disculpáme la interrupción, que parece haber cierta plegaria por la tolerancia, ¿estoy en lo cierto?

—El caso de Christine Jorgensen encabezó los titulares del país y yo vi mi flamante oportunidad de crear una cinta donde pudiese demostrar que los obstáculos de la vida surgen sin preámbulos en el camino de todo ser humano. Convencí a George de que mi propio travestismo era la pieza clave para encarar el proyecto de la mejor manera, a pesar de mi escasa carrera en el rubro.

—La estampida de bisontes sobre el rostro de Lugosi es...

—¿Preciosa?

—Estaba por decir surreal, pero sí, digamos preciosa.

—Dolores Fuller, mi novia de entonces, estaba en ella y Bela, pues, Bela era el sobrenatural titiritero.

—Y se sabe que la señorita Fuller, durante el rodaje, no estaba al tanto de su otra identidad.

—Ni siquiera estaba al tanto de la naturaleza de la historia. Más tarde me culpó por haberla humillado en público. Fue una mala experiencia para ella. Nunca pudo aceptar, bueno, lo que yo era; lo que yo soy. E incluso, con esa visión suya de que había optado, teniendo a mi alcance otras posibilidades, por ser un fenómeno, siempre le deseé el bien. ¿Qué más puedo hacer?

—*Plan 9 del espacio exterior*, acaso tu film más reconocido, terminó con este título bastante alejado del que pretendías darle originalmente.

—Digamos que Dios tuvo mucho que ver al

respecto. Mi idea era llamarla *Los Ladrones de Tumbas del Espacio Exterior* -lo sé, gran título- pero fue modificado a pedido de la Iglesia Bautista de Beverly Hills que en sí había financiado casi todo el proyecto desde un principio. Lo creían sacrílego.

—¿Y es verdad que su séquito, con el cual se lo veía habitualmente, tuvo que aceptar ser bautizado para que todo eso se cumpliera?

—Así es, para respaldar la producción de la película y para dar vida a aquellos muertos vivientes y platillos volantes. Allí estaban ellos, la troupe, Tor Johnson, Norma McCarty, víctimas de mi impulsividad. También nos pidieron que el joven feligrés, Gregory Walcott, fuese el protagonista. Como ves, hubo varias condiciones a las que atenerse.

—Su relación de trabajo y amistad con el actor húngaro Bela Lugosi, subrayo lo último, es un detalle nada menor en su vida.

—Bela era una criatura de la noche, única, irrepetible. Odiaba a Karloff y a su monstruo de Frankenstein. Decía que no era nada comparable al Drácula de su autoría -en su momento hasta rechazó el papel del monstruo- que las mujeres lo preferían a él por su clase, por su deslizamiento furtivo bajo la luna y por la manera en que el vampiro clavaba los colmillos en la tierna carne de sus cuellos. Para Bela el vampirismo atraía a



Bela Lugosi, Dolores Fuller and Ed Wood  
San Bernardino, California, New Year's Eve, 1963

# ¡Atención, escritores, Ediciones Rocamadour convoca!



Gracias a nuestros anunciantes, suscriptores, y al valor que le han dado los lectores, Revista Rocamadour puede ver la luz cada mes; pero no menos importante son nuestros escritores, los que hacen posible que nuevos mundos vean la posibilidad de existir más allá de la imaginación de cada uno. Por eso, queremos invitar a todos aquellos que se animen a publicar, de manera gratuita, en esta hermosa revista. No hay un requisito de edad ni experiencia, solo ganas.

Si todavía no te convenciste, podés participar a través del seudónimo que elijas. Mandanos un cuento, poesía u otra prosa breve de no más de 900 palabras. Si te animás podés escribirnos para más información a la casilla de correo al final de este anuncio y verte en las siguientes publicaciones a través de tus propias palabras. El archivo a publicar deberá ser enviado en Word (o cualquier otro procesador de texto), y previamente corregido, ilisto a ser publicado!



NOTA: Por cuestiones de espacio, los textos que no sean seleccionados para la revista, automáticamente serán publicados en nuestra web:  
[www.edicionesrocamadour.com.ar](http://www.edicionesrocamadour.com.ar)  
Mail: [Alejandrotorres\\_lp@hotmail.com](mailto:Alejandrotorres_lp@hotmail.com)

las mujeres por esa conexión fatal con el dolor producto del parto. Él era el arte caminando por las calles y cuando yo lo conocí, ya estaba muy desgastado por su adicción a la morfina. Su esposa lo había abandonado y pesaba menos que una pluma. En Plan 9 tuvimos que usar un doble, el quiropráctico de mi esposa, para suplantarlo luego de su muerte, por lo que hay metraje intercalado con escenas donde el que aparece no es él. Sin embargo, era mediocre trabajar con un doble. Nadie podría suplantar a Bela. Hacía esa cosa con la mano que me volvía loco.

—Ahondar en tu producción literaria más tardía me sirvió para encontrarme con textos increíbles donde lo recurrente son el sexo, el alcohol y la violencia. No es que esté afirmando una limitación en tu prosa, sino todo lo contrario, me sorprendió la variedad de acontecimientos en los que se ven envueltos los personajes. En vez de toparme con repeticiones en la trama hallé una codiciable inventiva.

—Como bien dijiste antes: uno se desenvuelve mejor en su elemento, Peter.

—Y de qué forma lo hiciste. Hay un cuento en particular, el de los borrachos y el atizador...

—Sí, lo recuerdo. “Una tumba para el borracho” o “Epitafio para el borracho”, algo así.

—¡Exacto! Creo que la realización de la historia es perfecta. Estuve ahí, mediante iban pasando las páginas, en el bar, con esos personajes, esas almas torturadas que buscando tranquilidad naufragan en un vaso de ron, evocando la figura del viejo Rance, con el frío devastándoles los huesos. ¿Quizás haya un intento de reivindicar a los olvidados, a los perdedores?

—No cabe duda. Son mi familia, Peter. Siempre lo serán.

—¿Algo que quieras agregar antes de finalizar la entrevista, Shirley?

**“Para Bela el vampirismo atraía a las mujeres por esa conexión fatal con el dolor producto del parto. Él era el arte caminando por las calles.”**

—Me gustaría agradecer el buen trato recibido por todos. Hasta me di el lujo de encontrarme a Lon Chaney en los pasillos del canal. Creo que esta noche fue como una espléndida avant premiere sin accidentes. Aunque debo agregar algo. ¿Quién es el hombre de detrás de cámara? Sí, ese, el que trata pasar desapercibido.

—¿Donnie?

—Con que Donnie, eh. Está bien. Solo diré que si van a su camerino y revuelven su cambiador, van a encontrar el suéter de angora, robado a las bailarinas.

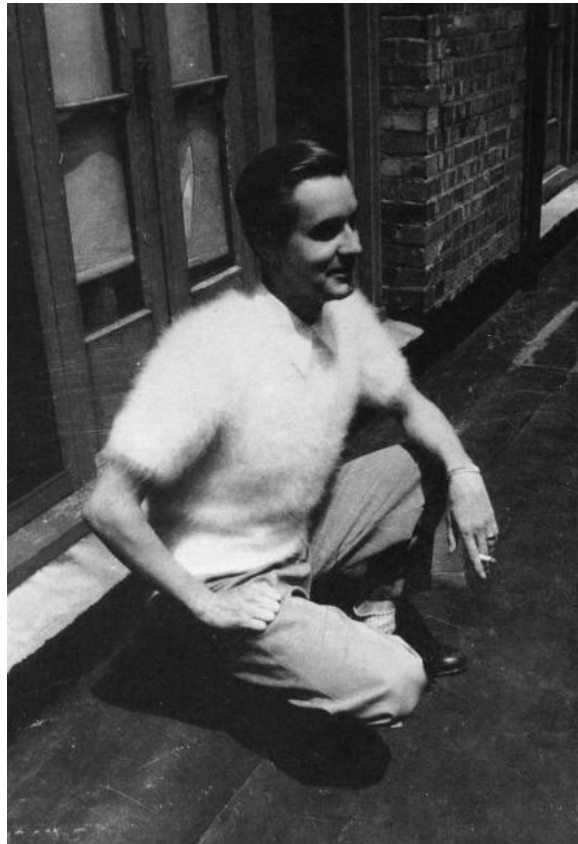
—Es una dura acusación, teniendo en cuenta que es tu primera vez en el programa.

—Solo tienen que chequearlo.

—¡Ey, Donnie! ¡No! Sosténgalo, por favor. Estás haciendo el ridículo. Jesús. Muchas gracias por venir, Shirley.

—Sr. Lorre fue un grandísimo placer.

—Buenas noches, televidentes. Esto fue “Late Night con Peter Lorre” y no se olviden: ¡Disculpen la franqueza, pero es la pura verdad! ¡Sosténganlo!





# MAGNETIZADO DE BUSQUED

Por ALEJANDRO TORRES

Fuera de ese cliché que se explota en decenas de series de Netflix sobre que en los pequeños poblados suceden crímenes atroces, siempre causa una indiferencia lejana leer sobre una persona asesinada en la localidad que uno reside. Indiferencia porque estamos acostumbrados a ver y escuchar sobre muerte en la televisión o en la ficción a tal grado que nos hemos naturalizado la muerte en un punto tan cercano que aquella Londres de *Un mundo feliz* sería un plano aceptable en nuestra realidad. Digo indiferencia y digo lejano, porque si bien sucede a kilómetros nada más de donde estamos, queda lejana la materialización de ese crimen ya que lo único que conocemos como cercano es nuestro espectro de familiares, amigos y hasta (algunos) conocidos.

El primer crimen que recuerdo haber leído es el del Sr. Stangerson, en Estudio en escarlata, la primera gran novela de Sherlock Holmes y el Dr. Watson. Con el correr de los años y las lecturas policiales, sumado a crecer en una época donde la inseguridad ocupó los titulares de todos los medios de masas por el sesgo que tomó la política en las calles, perdí la cuenta de cualquier crimen conocido: García Belsunce, Nora Dalmasso, Alberto Nisman, Madeleine McCann, Gypsy Rose Blanchard, el reciente asesinato de Fabián Gutiérrez, y una infinidad de etcéteras.

Aquellos casos que logran captar nuestra atención son los que se deben a la naturaleza poco común del crimen: como por ejemplo los casos mencionados anteriormente. Los detalles del crimen nos absorben en ese oscuro aura de muerte y misterio y nos provocan sed, sed de más, porque el ser humano ama el morbo por simple naturaleza. Eso explica por qué no mencioné casos diarios de femicidios, o ajuste de cuentas, o intentos de robos, donde la víctima toma un papel casi anónimo para la conciencia colectiva. Para saciar esa sed de muerte y misterio que nos atrae a la mayoría hay documentales, series y hasta un canal de televisión dedicado exclusivamente a las tramas asesinas de estas mentes retorcidas: ID

CARLOS BUSQUED

## *Magnetizado*



**ANAGRAMA**  
Narrativas hispánicas

ID (Investigation Discovery).

Otro hecho violento muy conocido fue el de los ataques de los llamados “lobos solitarios”, que hace unos pocos años, pertenecientes al ISIS que no solo nos preocupó en su momento por la deliberada matanza de inocentes, sino porque se veía injustificada y posible en cualquier parte del mundo y cualquiera de nosotros podía convertirse en una víctima. Después de todo, ese era el fin de los ataques, sembrar el terror, el miedo, y nadie puede negar que lo lograron.

En esta sección de naturaleza poco común, entra el prontuario de Ricardo Melogno, un joven de veinte años que, en 1982, en plena dictadura militar, asesinó a sangre fría cuatro taxistas en Buenos Aires. Este hecho no pasó desapercibido en la época, pero fue rápidamente olvidado hasta que, en 2013, Carlos Busqued (*Bajo este sol tremendo*, 2008) comenzó una serie de entrevistas en el penal de Ezeiza con el protagonista de esta serie de asesinatos. El resultado fueron 90 horas de grabación que tuvieron que ser editadas para posteriormente ser publicadas en el libro

*Magnetizado* (Anagrama, 2018).

Esta obra de No ficción, o literatura documental, con temática policial, se organiza en forma cronológica en formato entrevista, donde el entrevistado toma el papel del autor (sin dejar de lado el gran trabajo de Carlos Busqued) y se responde en un sinfín de palabras que nunca parecen ser suficientes. Las charlas son sobre temas que abordan el momento de los hechos, pero también, y quizás más importante, un viaje profundo a la mente de Ricardo Melogno tratando de reconstruir su propia historia con ayuda de los profesionales y apropiarse de esos relatos para llenar los espacios ausentes que la marcan en su búsqueda de el *leitmotiv* y llegar a comprender qué lo llevó a apretar el gatillo en cuatro oportunidades.

Estos hechos, según la opinión de profesionales y el testimonio del protagonista, carecen de móvil y no fueron planeados ni premeditados, simplemente fueron consecuencia de “una sensación en el cuerpo” que le decía: “El taxi que viene”. Pero, curiosamente, tras cada asesinato el cuerpo de Ricardo Melogno volvía al mismo bar que frecuentaban muchos taxistas y allí se sentaba a comer religiosamente suprema napolitana con papas fritas y mousse de chocolate. Detalles que quedaron grabados en la mente del perpetrador a pesar de los grandes vacíos circunstanciales. Esto explica la psique del autor de los hechos, pero no termina de esclarecer lo que realmente se quiere saber, y es lo que logra el libro: un abanico de posibilidades y un sinfín de hipótesis, pero ninguna, quizás, correcta.

**“Esto explica la psique del autor de los hechos, pero no termina de esclarecer lo que realmente se quiere saber, y es lo que logra el libro: un abanico de posibilidades y un sinfín de hipótesis, pero ninguna, quizás, correcta.”**

Carlos Busqued fragmenta el libro de tal manera que nos hace recorrer las diversas peripecias de Melogno con los doctores y con los pacientes como él. Con esto nos obliga a jugar al psicólogo y a buscar respuestas por el paciente. No nos deja respirar y nos droga, porque es un libro para no detenerse y seguir hasta el final. Juega con la voluntad, nos encarcela, la mente perversa toma las riendas y nos somete. Su diagnóstico de psicopatía anula toda lectura, el cual el mismo Melogno resume de la siguiente manera: “No fui educado con sentimientos”, responde tajante. “Si vos no tenés el conocimiento o el aprendizaje del afecto, no lo reconocés. No lo entendés”. Pero después de todo esto, y en todo momento, su verborragia es amena, es cercana, es hasta empática. No parece estar fuera de la realidad ni por un segundo (pese a pasar gran parte de su infancia y adolescencia en *otro mundo*, según sus palabras), y su lucidez sorprende aunque esté medicado hace ya más de 35 años, y con el peso de haber habitado los peores lugares que puede habitar el ser humano: cárceles y hospitales psiquiátricos.

Al final del libro, siendo totalmente consciente de lo que fue en aquellos años, deja claro que tiene bien presente lo que quiere ser de ahora en más: “La única expectativa que tengo, la única deuda trascendental, es ser una persona. Yo fui una cucaracha. Y después un monstruo. Y después un preso. Me gustaría ser una persona. O sea, no ocultar lo que fui, pero... ser una persona común. Cuanto más pueda desaparecer entre la gente, mejor. Esa deuda pendiente, de ser uno más. Perdido en el montón”

En esta narración de 147 páginas, Carlos Busqued no busca objetividades ni desarrollar una teoría del *porqué*, sino que habla a través de la voz de Melogno: testimonía y pone en evidencia lo dura que puede llegar a ser la vida, pero también deja en evidencia la fortuna que podemos tener la mayoría como mortales no importa en qué pueblo o gran ciudad vivamos. Con esta narración, el autor del libro encuentra el punto justo entre un sujeto de prueba y el mundo que rodea su gestación, pero lo transforma en relato, en prosa, y nos deja la conclusión fehaciente de que el ser humano es más complicado de lo que aparenta ser.

# CON LA SOGA AL CUELLO

Por HUGO CANAL BIALY



**M**inutos antes de ser ejecutado con la horca, instalada en la calle principal de Rainbow city, por mi mente desfilaron las escenas del gran robo al banco de Kansas City, que perpetramos con mi banda, "Los 7 Magníficos".

Los integrantes fueron cayendo de a uno como naipes manipulados por un viento de tormenta que los articuló como hilos del macabro destino que les tocaba cumplir.

Los hermanos Macana: John, Donovan y Richard Robertson fueron los primeros en ser apresados, la codicia insaciable los llevó a continuar por el camino del crimen sin escrúpulos, ni límites que pudieran saciar sus ansias de riqueza. Había pasado tan sólo un mes del hurto a la institución bancaria, y con un nivel escaso de planificación, apenas con un corte momentáneo en la vía principal y el refuerzo de apoyo brindado por un grupo de pieles rojas contratados como comando de distracción para atacar al ferrocarril que transportaba los caudales hacia San Francisco, montados en caballos veloces, los tres hermanos atracaron la formación.

La acción tuvo un desarrollo favorable para los Macana: lograron hacerse de seis bolsas repletas de dinero, y con sus corceles al galope iniciar la huida, mientras los nativos le cubrían la retirada.

Fueron capturados a cinco leguas, interceptados por un batallón de 20 efectivos del ejército federal, y cuando eran reducidos conocieron el error de su estrategia: un sector disidente de los pieles rojas los había vendido por una generosa paga a cambio de los reos y el botín.

Winston Mc Clean, otro miembro de los Magníficos, al regresar al pueblo encontró a su mujer con su hermano. La esposa se justificó con la ausencia prolongada por tres años sin novedades de su amado. El deshonor fue tan hiriente que Winston lo desafió a su propio hermano, Steven, a un duelo de pistola. Steven, cinco años menor, motivado por el amor de Dorothy, redujo a Winston con dos certeros disparos en el corazón, defendiendo a su actual pareja y el honor con la sangre derramada de su mismo linaje.

Los afiches con nuestros rostros, encabezados con la leyenda: "Buscado vivo o muerto", eran visibles en comercios, dependencias públicas, estaciones del ferrocarril, y también fueron publi-

cados en periódicos que circulaban en el condado.

Mi semblante con el nombre impreso en letras que denotaban peligro: "Mike Scottfield: fugitivo de la ley", causaban impacto, igual que la recompensa que ofrecían por la cabeza de cada pistolero: 100.000 dólares.

Fui apresado en el Saloon de River City, tras participar en un tiroteo salvaje en el epicentro de la vida social comunitaria. Sonaba una melodía agradable ejecutada por el pianista estable, un hombre de color con gran conocimiento de música y oficio para tocarla, reconocible en el lejano oeste, muy similar a las partituras de Ennio Morricone en los spaghetti western, de Sergio Leone.

Mientras disfrutaba una cerveza bien helada junto a otros parroquianos, en la barra, un cowboy trigueño con pañuelo al cuello (rojo con estampas negras y un chaleco gris) me saludó con una seña, se trataba de Charles Reynolds, integrante de la disuelta agrupación delictiva que supe dirigir.

Mi compañero de andanzas saludó levantando su chop en tono cordial y sin darle tiempo a reaccionar, tres balas destrozaron el recipiente iniciando un descontrol armado de tiros, gritos y explosiones por doquier dentro de la cantina generando una balacera.

**“La acción tuvo un desarrollo favorable para los Macana: lograron hacerse de seis bolsas repletas de dinero, y con sus corceles al galope iniciar la huida, mientras los nativos le cubrían la retirada.”**

Nos habían descubierto, y por cubrir a mi camarada de correrías fui capturado en forma traicionera. Dos agentes infiltrados, que me rodeaban, fueron los encargados de sacarme esposado del lugar después de terminar con la vida de Reynolds con una metralla fulminante. Mi figura maniatada fue tapa de diarios y el comentario más referido en toda la región durante la siguiente semana.

Con la soga al cuello, pude observar los repudios e insultos del gentío reunido para presenciar mi ejecución en un día nublado, con pocas señales de esperanza en el horizonte.

El verdugo a punto de empujarme al vacío cayó herido por un disparo que impactó directo en su hombro derecho y la muchedumbre se abrió paso ante la polvadera desatada por un jinete fuertemente armado con dos pistolas. Irrumpiendo junto a la horca disparó en la soga a medio metro de mi cabeza, pensé que era mi final. Todo sudado por la adrenalina generada ante el rescate impensado caí al suelo en medio de la confusión general.

Mi salvador era Walter Link, el último miembro con vida de los magníficos, con paradero incierto. Al tanto de mi condena acudió temerario en mi ayuda, en un riesgoso intento de redención en mi momento más crítico. Me tiró una soga, literalmente, y pude tomarla con las manos atadas, llevándome a la rastra al galope hacia las afueras del poblado, sin tiempo para hacerlo de otro modo. Su rápido proceder fue mi pasaporte para escapar de la muerte.

Sentados en la cantina de Colorado City, con Link, en medio de una partida de póker arreglada, antes de la seña que nos llevaría a la fuga, soñábamos con el próximo asalto a la diligencia que se dirigía hacia la costa del Pacífico.



# LOS DOS SOMOS UNO

Por ALFREDO MEDINA

Imagino una cabaña de madera  
....Nosotros siendo uno por el piso  
Y allí enfrente, con la fuerza de un hechizo  
Nuestros cuerpos dibujados en la hoguera

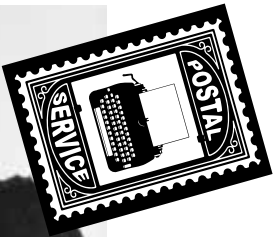
# PIERNAS

Por MICAELA FERNÁNDEZ

Cruzadas o abiertas  
Desnudas o envueltas  
Veo ese mundo que parece inalcanzable  
Las piernas.  
Sin importar su color, su textura  
Están aquellos que aman lucirlas, con ese andar seguro  
Y están otros que las esconden, con el miedo a la provocación, a la seducción  
Las piernas que más me gustan son las juguetonas  
Esas piernas correctas como quien las lleva pero que conservan esa picardía  
Las piernas dicen mucho de las personas  
Si las mías hablaran, dirían que soy sensual pero que necesitan unas compañeras  
Que no tengan miedo de abrazarlas y entrelazarse  
Mis piernas están cansadas de haber caminado muchos meses en busca de un lugar donde dormir  
Cansadas de caricias falsas y vacías  
Cansadas de correr, escapando de lo desconocido  
Cansadas de estar quietas, haciendo lo mismo de todos los días  
Mis piernas serán sensuales pero anhelan compañía  
Compañías amorosas pero no asfixiantes  
Compañías libres pero responsables  
Tus piernas parecen encajar...  
Aunque se muestren rígidas o expectantes  
Las piernas hablan por nosotros  
Pero mis piernas quieren hablar con las tuyas.

# POSTALES

**GEORGE ORWELL**



Maestro de la distopía y la anticipación futurista, George Orwell, nació en la India, pero vivió y desarrolló su obra en Inglaterra. De joven sufrió la opresión del imperio británico en Birmania y tras ser partícipe de la guerra civil española y padecer en carne propia el avance del nazismo, esa dolorosa experiencia de la dominación en manos de un movimiento totalitario, lo volvió en dos obras geniales que son lecturas sobre la vigilancia y la sociedad controlando al individuo.

Rebelión en la granja, publicada en 1945, es una sátira de cómo el régimen soviético corrompe a Stalin en un relato sin hombres, teniendo de protagonistas a los animales de una granja que de a poco se van convirtiendo, tomando conductas humanas, adoptando la violencia y rebeldía que provoca en los animales (perros, vacas, un cuervo, gallinas), el manejo parcial y conveniente de la situación que operan los cerdos, que de alguna forma, de tanto combatir a los humanos, se van transformando en despreciables humanoides con sus vicios, abusos de poder y cinismo, que se torna una crítica al zarismo y también al accionar de Churchill durante la Segunda Guerra Mundial y a Napoleón con su invasión a Rusia.

En Londres, poco antes de morir víctima de una tuberculosis, en 1949 publicó su novela más famosa: 1984, un manifiesto político de anticipación, en un mundo dividido por tres superpotencias: Eurasia, Oceanía y Asia Oriental; la Policía del Pensamiento somete a la población a una vigilancia masiva, manipulando la información, espionando a todos en cualquier momento y espacio, gerenciado por un régimen policial que maneja un organismo: el Gran Hermano. A partir de esta hipótesis de vigilancia permanente, se creó el reality show que dio origen a la franquicia televisiva a nivel mundial de "Gran Hermano". El planteo que Orwell bosqueja en esta novela lo estamos viviendo en la actualidad, llamándose a los controles asfixiantes y opresivos como orwellianos. En tiempos de idiotización colectiva a través de los celulares, se cumple la profecía del autor: "Cada año habrá menos palabras, así el radio de acción de la conciencia será cada vez más pequeño", y, además, anticipó la frase que resume la enseñanza de los ciclos en la serie alemana de Netflix Dark: "Si quien controla el pasado, controla el futuro. Quien controla el presente, ¿controla el pasado?".

# EL PILOTO DEL MAÑANA

Por M. M. ÁLVAREZ

Ilustración | ALEJANDRA LLANOS



**S**alvo la deshumanizada voz de los paneles, que además de dedicarse a implantar como un eco el nombre de las próximas estaciones y enumerar las diversas ventajas de utilizar la Red Ferroviaria, no había nada que interrumpiese el parco silencio dentro de los vagones.

Las construcciones religiosas, aisladas en medio del campo, separadas entre sí por hectáreas de plantaciones de todo tipo, eran para él similares a los incineradores y debían tratarse como tal, lo más alejado posible, para que la pestilencia no llegase a las puertas de las viviendas. *Exiliados*, era un adjetivo meritorio. Con ojos vengativos observaba pasar, uno a uno, los islotes de piedra, aquellos Templos de la Abdicación.

—Hola, buenas tardes —lo saludó el hombre gordo a su lado—. No pude evitar ver cómo negaba con la cabeza al pasar frente a la iglesia.

Absorto en sus pensamientos, Zacharias apenas había reparado en su presencia. Lo miró atentamente: ese rostro desconocido, esas vetustas y grasientas cejas arqueadas.

—¿Perdón?

—Fue muy enfático lo suyo. Si me permite decirlo.

—¿De qué habla?

—¿Tengo que repetirlo?

—Me haría un gran favor.

—Usted negó con la cabeza, justo cuando pasamos frente al templo, ¿por qué motivo?

—No sé.

—¡Vamos!

—Será porque...

—¿Porque qué?

—Porque cada vez que me cruzo con uno pienso automáticamente en un lavadero de cerebros—acusó, con la imagen aún fresca de la enorme cruz de neón sobresaliendo del cúmulo de rocas—. Pienso que ya se ha legalizado el aborto asistido, la supresión de las células cancerígenas, y ustedes... bueno, ustedes siguen creyendo en viejas fábulas para conciliar el sueño. La religión debería ser solo una faceta, un capricho pasajero.

El vagón del tren serpenteaba y el rostro del

gordo parecía desencajarse de su cuello, como hecho de una danzante gelatina.

—¡Ajá! Y seguro me va a decir que lo correcto sería utilizar nuestros fondos para qué, ¿para donarlos a la Cruz Roja? O mejor: ¿A los veteranos de la guerra atómica? ¿Se da cuenta de lo ridículo que suena eso? Hay que trabajar mucho, empezar desde cero, de la propia tierra, antes de fantasear con vivir en las estrellas. Nosotros jamás estuvimos de acuerdo con todo eso.

Zacharias lo estudiaba. Necesitaba creer que todo aquello era solo una broma preparada por algún compañero de la Academia de Pilotos o algo por el estilo.

—¿En serio estamos teniendo esta conversación? —dijo frotándose las piernas con las manos. Hábito inconsciente que evidenciaba su completa falta de paciencia.

—Lavadero de cerebros ... —continuó el gordo, como si sus palabras fuesen las únicas con el poder suficiente para sobreponerse encima de otras—. Ahí dentro, señor “como se llame”, se llevan a cabo milagros, se dicta la palabra, divina y blanca. No tengo por qué soportar que un enclenque niegue, desapruebe, el templo de la esperanza. Me temo que voy a tener que desechar esto y cambiar de asiento—. Y empujando aquellos gruesos muslos reanudó lo que parecía ser el final de su perorata.— Está bien, no se preocupe. Bendiciones y que Dios se las multiplique—. E inició su peregrinaje hacia el siguiente nivel del tren.

—¿Multiplicar? —dijo Zacharias volteando sonriente hacia la ventana—. No me diga. Yo creo que su Dios, ese que tanto venera, lo que realmente disfruta es del arte de la división.

—¿Qué?, ¿cómo dijo? —El gordo pareció recibir un sopapo violento, ya que giró sobre su eje y lo enfrentó con la mirada.

—Nada, que tenga un buen día —de un momento a otro había dejado de frotarse las piernas.

—No, yo dije “bendiciones y que Dios se las multiplique”, y usted agregó algo. No pude escuchar bien. Dígame, ahora.

Zacharias lo observó, confundido y divertido a la vez. Ahí parado con todos esos kilos de más

que lo hacían verse tan desgraciado. Aun así no pronunció palabra, no le dio la satisfacción de continuar con aquel juego absurdo. Se limitó a escarbar con la punta de la lengua los restos del cereal incrustado en su muela de juicio. Sabía que estaba podrida, ya en las últimas, y que era cuestión de tiempo que llegara la temida pulverización.

*Al menos ya no dolerá.* Se dijo. Y la lengua volvió a escarbar.

Los árboles que antes desfilaban con rapidez a través del vidrio ahora bajaban de a poco la velocidad. Habían llegado a una estación intermedia en la cual bajaron un puñado de personas. Descubrió que lo envolvía un silencio insólito. El pasillo estaba desierto, era el único que quedaba. El gordo había decidido marcharse. *Justo cuando estaba a punto de darle crédito a sus palabras,* pensó irónico. Mejor así, que se retirara a su jodido templo de conceptos retrógrados.

Los paneles cambiaban ahora a un repentino interludio en sus clásicas secuencias: Lo que en un momento era uno al instante se convertía en un batallón de cosmonautas ascendiendo al cielo como un enjambre disparado a la masa oscura del espacio, recortadas sus siluetas contra el destello de miles de reflectores antiaéreos. Se partían en infinitesimales jirones de luz. *La victoria reside en tus manos: ¡La Tierra y Marte te necesitan! ¡Marcha junto a los Pilotos del Mañana!* Concluía la propaganda bélica con trompetas y riques de tambor.

El interés llevó a Zacharias a seguir desde la ventana a una mujer que, yendo a paso ligero, esquivaba a varios pasajeros que deambulaban por el andén. Y a punto estuvo esta de chocar con un hombre que, desinteresado de su entorno, ocupaba sus manos en prender un cigarrillo, haciéndose pantalla para cubrir la débil llama del viento.

El hombre, al igual que él, se detuvo en la figura de esa mujer que se alejaba entre la muchedumbre. Afligida y gris. La cartera apretujada contra el pecho; una leve joroba en su espalda. El desprolijo taconeo de sus zapatos, cómo a contratiempo de los latidos de un corazón.





# CUATRO FICCIONES ARGENTINAS IMPERDIBLES

Por Pablo Rodríguez Ortiz

dad, y escenas lisérgicas que confluyen en el lenguaje rockero y político de una etapa del país sumado a la melomanía y el drama de un guion que afianza una amistad y un amor interminable. Como no podía ser de otra manera, Babasónicos compone el tema principal de la serie e incluso los músicos Adrian Dargelos y Emmanuel Horvilleur hacen una pequeña participación como invitados.

## 2) BABYLON

Esta serie y *Los Sónicos* fueron dirigidas por Gastón Portal y la producción ejecutiva estuvo a cargo de Betina Brewda. Se transmitió entre septiembre y diciembre de 2012, tuvo 13 capítulos y en este caso nos encontramos con un policial *noir* con una estética influenciada de los comics. En esta historia seguimos a Francisco “Frank” Vitelli (Federico Olivera), un fiscal de la policía que trabaja junto al Comisario Clay (Luis Luque) en un caso de asesinatos imposible de resolver a pesar de que el sistema de inteligencia artificial que inventó Clay es casi perfecto. Ahí entra el ex comisario Lauro Das Pedras (Norman Briski) que trabajaba con el padre de Frank y lo ayudará a pensar diferente, a abrir su mente, para resolver el caso desde Babylon, un cabaret que es atendido por La tanita (Martina Guzmán) y que está ligado profundamente con el

**E**ntre 2011 y 2014 un gran número de ficciones fueron transmitidas gracias al aporte del INCAA y la TV Pública junto al desarrollo de la TDA, la televisión digital terrestre que abrió camino a que más producciones argentinas tuvieran luz verde y que en otro tiempo no hubieran sido posibles. De las variadas opciones que tuvimos durante esos años quiero destacar cuatro producciones que se alejan un poco de los géneros clásicos vistos en la televisión argentina muy contaminada de telenovelas repetitivas. Ellas son:

## 1) LOS SÓNICOS, UNA HISTORIA DE ROCK

Es una miniserie de 13 capítulos emitidos a partir de enero de 2012. La historia se centra en un grupo de amigos que a mediados de los 60 forman una banda de Beat rock llamada “Los sónicos”, pero la gira de estos chicos se termina abruptamente porque un accidente automovilístico deja en coma al líder, Kloster, que despierta en la actualidad, luego de 43 años y quiere formar la banda nuevamente. Mario Alarcon, Norman Briski, Roberto Carnaghi, Hugo Arana y Federico Luppi son los protagonistas en la actualidad, pero veremos continuamente sus versiones jóvenes de los 60 interpretadas por Nazareno Casero, Juan Greppi, Martin Slipak, Santiago Pedrero y Lucas Ferraro. El contraste entre dos épocas, entre la juventud y la tercera e-



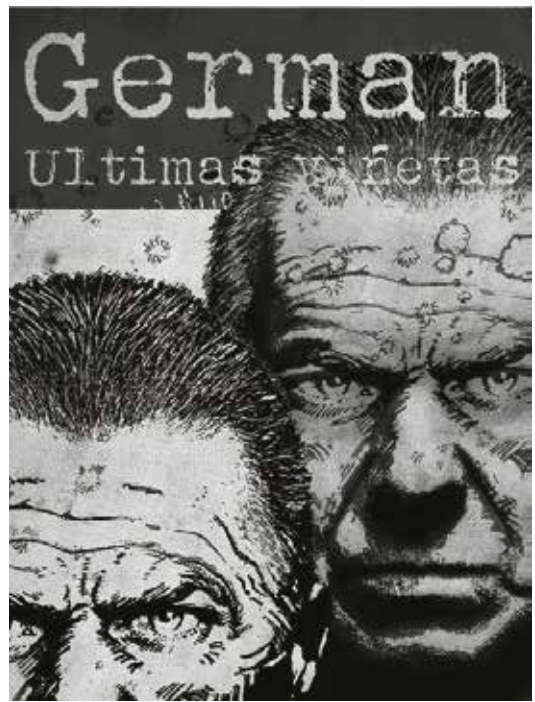
pasado de Frank. La serie esta filmada en blanco y negro menos en los momentos que suceden dentro de Babylon, donde el brillo y las luces de neón se hacen protagonistas. Muchas situaciones delirantes que derivan en un humor absurdo acompañan una pugna entre la lógica y el pensamiento lateral. Quizás a la vez el argumento sea encontrar una solución media entre pensamientos muy distintos. Para sumarle estilo a la serie, la intro jazzera Take Five, de Dave Brubeck, alimenta el encanto distintivo de esta historia.

### 3) LAS HUELLAS DEL SECRETARIO

Dirigida por Matías Bertilotti y protagonizada por Peto Menahen y Malena Solda esta ficción histórica bebe de los ingredientes de *Indiana Jones*; de *National Treasure*, película donde Nicolas Cage es un buscador de tesoros de los templarios y los masones; y también de Robert Langdon, el profesor de Harvard que protagoniza *El código Da Vinci*, de Dan Brown, pero a nivel nacional. Se basa en el supuesto extravío del documento original en el que Mariano Moreno redactó el Plan Revolucionario de Operaciones. La teoría conspirativa dice que Bartolomé Mitre extravió a propósito el documento original ya que contradecía la historia oficial que se estaba armando en esos años. Por esa razón el político e historiador Eduardo Madero, secretario en aquella época, decide convertirse en el guardián del texto y transmitirlo de generación en generación ocultándolo de aquella facción que quiere destruirlo. Luis Madero (Peto Menahen) es un prestigioso profesor de historia del Nacional Buenos Aires y junto a su alumna Fernanda Falley (Gigi Bonaffino) y la compañera de trabajo de su abuelo Camila Álvarez (Malena Solda) tendrán que localizar y cuidar las trece páginas perdidas del plan de Mariano Moreno. La serie se estrenó en marzo de 2013 y cuenta con 13 capítulos. A pesar de ser un thriller de misterio cuenta con algunas dosis de humor y las destacadísimas actuaciones de Menahen y Bonaffino.

### 4) GERMÁN, ÚLTIMAS VIÑETAS

Estrenada en abril de 2013, esta miniserie de 13 capítulos es una biografía ficcional que relata los últimos años de vida del escritor y guionista de historietas más importante de Argentina, Héctor



Germán Oesterheld. Entre los años 1971, hasta su desaparición forzada en 1976, Oesterheld trabajó para editoriales como Columba y Record que tenían una línea editorial opuesta a su manera de pensar, pero que le permitieron sobrevivir económicamente. La serie comienza con su llegada a una de estas editoriales exitosas y a través de las reacciones de sus colegas y su empleador conoceremos el pensamiento que reinaba la época y los cambios que tuvo que atravesar con la llegada de la dictadura. Luciano Saracino fue el creador y guionista de la serie y recibió ayuda del propio nieto de Oesterheld para formar a su personaje lo más fiel posible, que finalmente fue representado por el gran Miguel Ángel Sola. Claudio Rissi, Paula Recca, Ezequiel Tronconi, son algunos de los que complementan el elenco. Un gran análisis de la realidad histórica, mezclado con escenas oníricas y diálogos elocuentes y magistrales hacen de esta miniserie una parada infaltable para fans de *El Eternauta* o *Ernie Pike*.

Las cuatro series están disponibles para ver en la plataforma CONT.AR, y con solo suscribirse tienen un enorme catálogo de producciones argentinas subvaloradas por muchos pero que tienen una riqueza narrativa y una calidad sin nada que envidiarle a series extranjeras.

El hijo del hombre (1964)  
René Magritte



# entre TINTAS

DISEÑO & COMUNICACIÓN

BAJADAS  
IMPRESIONES  
**LASER**  
COLOR & B/N

VINILOS  
*decorativos*

FRASCOS / PAREDES / VENTANAS / MUEBLES Y MUCHO MÁS

**TAZAS, JARROS, MATES**  
ARTÍCULOS SUBLIMABLES - SUPER PERSONALIZADOS

**ESTAMPADOS**

SERIGRAFÍA - SUBLIMACIÓN - VINILO TERMOTRANSFERIBLE

**FOLLETOS | TALONARIOS**  
BOLSAS | SOBRES | IMANES

**GRAN FORMATO**  
LONA FRONT | MESH | VINILO IMPRESO | BANNERS  
ESMERILADO | MICROPERFORADO | VEHICULAR

**PLOTEOS CAD**  
OBRA & VEGETAL  
METRO DE  
**1 ANCHO**

*diseño de*  
**VIDRIERAS**  
**CARTELERÍA**  
MARQUESINAS - BICICLETEROS - CARTELES EXTERIO E INTERIOR  
VARIEDAD EN MATERIALES - INCLUYE COLOCACIÓN

SAN MARTIN 77 | MARCOS PAZ  
www.entretintas.com.ar

entretintasdg@gmail.com



011 38898869

02227 467530